

María Raquel Adler

8º Arg. 2º 139

De la Tierra al Cielo

(ENSAYOS LITERARIOS)



Editorial Serviam

1936

Colección
SERVIAM

I

Rafael Jijena Sánchez
VIDALA

II

Ernesto Palacio
EL ESPÍRITU Y
LA LETRA

III

Sigfrido A. Radaelli
TIEMPOS DE
BUENOS AIRES

IV

Jerónimo del Rey
HISTORIAS DEL
NORTE BRAVO

V

Ernesto Pinto
ALMA Y PAISAJE

VI

María Raquel Adler
DE LA TIERRA AL CIELO
(Ensayos Literarios)

Al Instituto Ibero-Americano
de Berlín, homenaje de
Simpatía y de admiración
Dña Kaprieloff

DE LA TIERRA AL CIELO

(Ensayos Literarios)

o/c Don Bosc 37

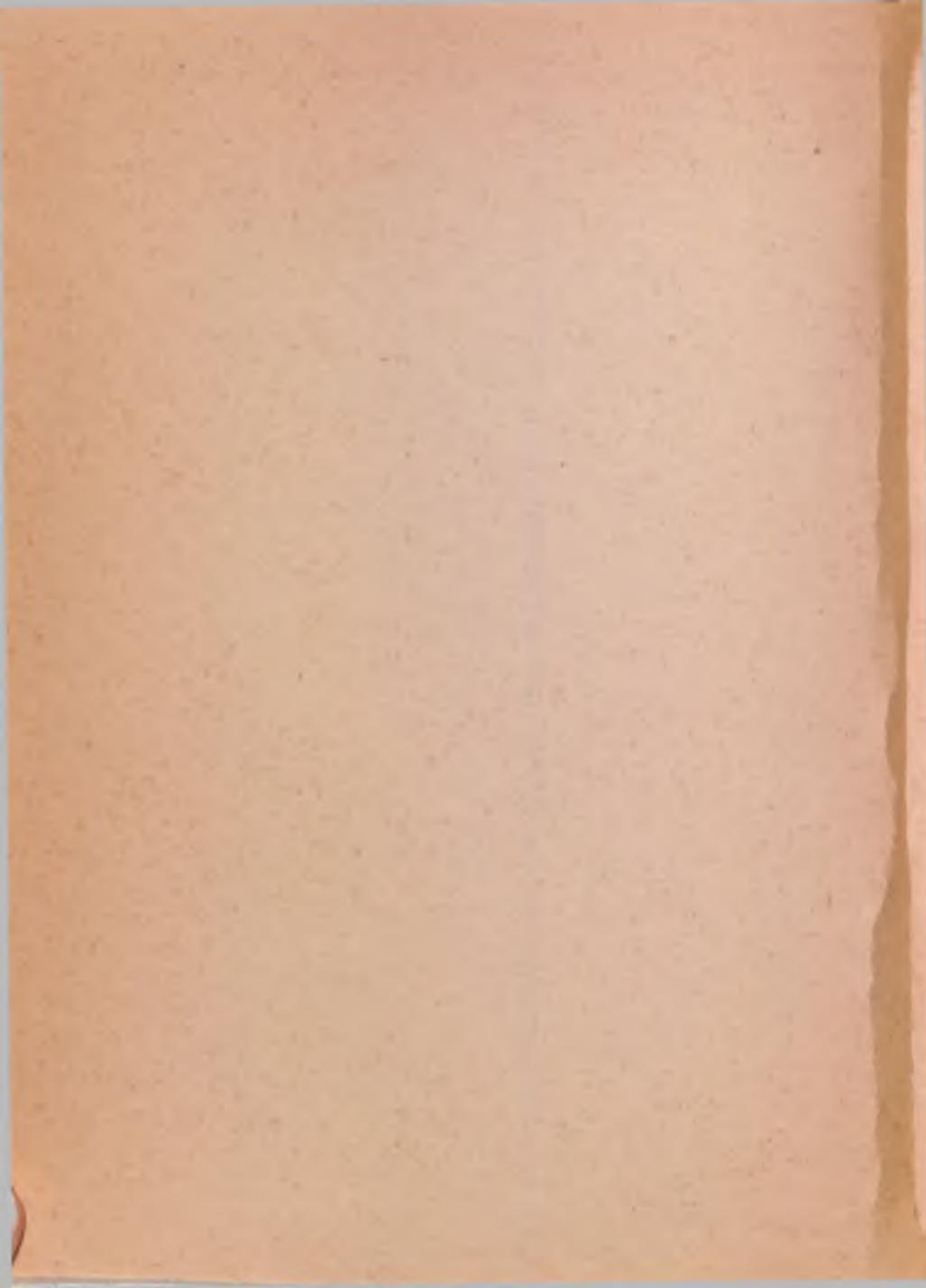
Bernal + C.S

Argentina



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar



María Raquel Adler

De la Tierra al Cielo

(Ensayos Literarios)

Editorial SERVIAM

1936



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar



OBRAS PUBLICADAS

- I Revelación (*Buenos Aires 1922*).
- II Místicas (*Buenos Aires 1923*).
- III Cánticos de Raquel (*Buenos Aires 1925*).
- IV La Divina Tortura (*Buenos Aires 1927*).
- V De Israel a Cristo (*Buenos Aires 1933*).
- VI Pan Bajado del Cielo (*Buenos Aires 1934*).
- VII Buenos Aires, Ciudad y Poesía (*Buenos Aires 1936*).
- VIII De la Tierra al Cielo (*Buenos Aires 1936*).
(Ensayos Literarios).

1937: 930

Derechos Reservados

(Ley No. 11.723)

AL LECTOR:

He reunido en este libro algunos trabajos pronunciados en distintas Instituciones Culturales del país, y varios tópicos literarios acerca de temas afines.

La palabra escuchada o escrita cobra, desde el relativo interés que le presta su momentánea expresión, una unidad mayor, casi diría definitiva, si su conjunto alcanza a sostener la cohesión del espíritu y de la idea que lo sustentan.

Si los temas reunidos en este tomo consiguieran impresionar de ese modo al lector, ellos le definirían mi fisonomía intelectual en la apasionada trayectoria, que desde el sentimiento humano que nos enraíza en la vida, se eleva hacia el espíritu que nos orla con un halo de luz.

Y esto me llenaría de una singular alegría.

Porque entonces "De la Tierra al Cielo" ofrecería, en la unidad estable que le presta la presente publicación, el espectáculo de una realidad inmediata al ideal que se vislumbra, y que anhelo expresar en los trabajos que encierra este libro.

M. R. A.

Noviembre de 1936.



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

*A Mercedes y Josefina
Molina y Anchorena*

LA MISTICA COMO ESTADO PERMANENTE DEL ALMA

LAS DOS CIUDADES

El tema que he de tratar, como una introducción a un estudio, no es una incursión a las especulaciones abstractas, ni sobrenaturales o teológicas.

Encierra sí, en esencia sus virtudes y sus potencias, como una opción a tan señalado tema.

Tampoco es un estudio de la estética del poeta, y del misterio puramente lírico de la poesía.

Hay una presión humanista tan marcada en el mundo, que venir a hablar a personas versadas en edades y escuelas artísticas acerca del arte en sí, o del artista a través de su expresión o de su forma, carecería a mi manera de pensar, en absoluto de interés.

El mecanismo del artista como simple artífice de lo que le ha sido dado crear o expresar, no subyuga ya al individuo, en lo que se refiere a una fría exteriorización de la belleza.

Necesitamos tomar el pulso al estado vital de la expresión artística y sumergir nuestra alma en la esencia y la virtud del alma que a nosotros se rinde, a través de la obra y del pensamiento.

LA CIUDAD TERRESTRE

Vamos a colocar al individuo en la ciudad terrestre, en donde vive, lucha, sufre, ama y espera.

Esa ciudad es la vida. Imaginémosla en su más definida realidad. El hombre salta en su entraña, pasea una mirada enardecida y triunfante hacia todos los ambientes; se posesiona de todas las armas, y hace converger a su centro todas las circunstancias, que puedan regir su duración y su conquista, para la completa absorción de las materias necesarias a su vida, con un tan fuerte arraigo, que a veces nos parece que la eternidad lo ha enraizado ya para siempre en el mundo de sus ansias, de sus deseos y de su relativa esperanza.

Su actitud es personal, egoísta, absorbente en el sentido de la conservación del tiempo y del espacio de su destino, que Dios le ha dado, al crearlo para la vida.

Cualesquiera fuesen su jerarquía, su acción o su temperamento, movidos por las luchas e intereses primarios, como lo son el tra

bajo rudo y las faenas humildes y sencillas, hasta llegar a las especulaciones superiores del intelecto y del arte, el hombre pone al servicio de esos bienes terrenales toda su voluntad y toda su inteligencia.

Y sobre esa voluntad y esa inteligencia, alienta el instinto que por su naturaleza es corruptible, y que a veces toma la forma húmeda y febril, llena de dominio, de ambición, de codicia y de furor.

Para equilibrar ese desborde, el hombre se mune de algunas virtudes superiores, que como el tacto, la prudencia, y el sentido común de las cosas, le ayudan a vivir y a triunfar en la vida. A conquistarla sobre todo.

En ese tablero movedizo e incierto sin soportes, cuyas piezas se mueven sin embargo al diapasón de sus pasiones y de sus intereses, consiste el juego necesario para la sagacidad y los afanes del hombre: normales y aceptables, turbios y aciagos.

Desarrolla entonces el hombre tan sólo la vida de un cuerpo vegetativo; y vive en la ciudad terrestre como un animal superior, que le confieren la sagacidad o la inteligencia inmediata de los sentidos y del poder concupiscible. Y es ante su conciencia, entre sus manos, de frente a sus semejantes un entretenido y a veces ya monótono juego, entre la realidad que lo subyuga y lo domina por



completo, y el riesgo que pudieran acechar a esa realidad, para cambiar o cercenar el vivaz y certero juego de sus acciones.

El hombre no ha mirado todavía a Dios de frente.

En dos lustros solamente el hombre (mujer u hombre) puede, si vive intensamente y dentro de esa sabiduría relativa, la acción del tiempo en la vida, haber recorrido todas las humanas posibilidades, y encontrarse con el corazón vacío, y con el alma enjuta y temblorosa.

Las variaciones de su intensa vida temporal han disecado un tanto las fibras afectivas del alma, que no está unida al hombre por disposiciones accidentales, y que duerme su sueño de inercia, porque no se le ha abierto la rendija por donde ella pudiera hacer entrar la luz sobrenatural de la gracia.

Antes de abandonar la ciudad terrestre imaginémosla como un alcázar cubierto de bóvedas, y rodeado de murallas, de vidrios ahumados, grisáceos, nebulosos, con adherencias turbias, surcados a veces de múltiples colores y luces, en donde se reflejan las casas, las torres, el continuo vaivén de los hombres, sus alegrías y sus pesares, sus placeres y sus dolores. Un ambiente frenético y

agotado a la vez, y que carece en general de excelencias superiores del alma en libertad.

Las bóvedas infinitas de los cielos se vislumbran a través de las sombras milenarias y asfixiantes que la ciudad terrestre recibe como a través de una debilitada luz, y se extienden sobre la existencia humana. Entonces comienza ya para el hombre la inquietud del por qué de la vida, de la auscultación de su yo interior, y de un débil pero pronunciado atisbo hacia un más allá, que se propone respirar en un plano superior a la vida común. Porque ya empieza el hombre a sentir la necesidad para trascender de lo animal o temporal: alma vegetativa, a lo espiritual o sobrenatural: alma racional.

II

LA CIUDAD DE DIOS

¿Qué le es pues necesario al hombre para trascender de lo animal con su alma vegetativa a lo espiritual, para alcanzar lo sobrenatural? ¿Qué es lo que le falta para traspasar el umbral de la Ciudad del Hombre y poder alcanzar la Ciudad de Dios?

El acto que da la libertad al alma.

La vida cobra con esa elevación un celo inusitado, un fervor intenso, una casi mística de la vida en el orden temporal, que comienza a romper ya las ataduras, que la li-

mitaron y la cercaron indefinidamente a un mundo físico, en ese mundo de paredes y de bóvedas y de ventanas cegadas, como un bloque incommovible, y en donde toda vida se descompone y muere.

En ese mundo en donde el hombre marcha y corre y gira incesantemente, pero de cuyos hombros pende la alforja del pecado y de la muerte; cuyas mandíbulas afiladas o yertas trituran o cortan toda aspiración de verdad y de luz.

Entonces empieza para el hombre el desambular paulatino, pero inminente. Busca ávidamente alzarse sobre su cercado corazón, y se adelanta llevado por la fuerza motriz de su alma.

Por medio de las dos fuerzas que en principios la componen, su faz afectiva hacia todo amor y todo bien, y la de combustión o dinamismo del alma, que entra en el dominio de la acción.

Regidas, de esa manera, esas dos potencias superiores del alma, sin contar con el poder de su fuerza vegetativa o de conservación, nos hallamos frente a un ser humano, que reviste ya las cualidades inherentes al hombre espiritual, regidas y regularizadas éstas, a los efectos antes señalados.

Renovado así en el espíritu y en el alma, el hombre, no como un sentimiento huma-

no, sino como un *habitus*, en que la sindéresis inclina su vida hacia el bien y la verdad.

A pesar de no ser la sindéresis una fuerza racional, encierra sin embargo la naturaleza de la razón y del entendimiento afectivo e intelectual a la vez.

Munido está el hombre ya de esos atributos superiores del alma, como una exaltación serena pero continua, ya sea pasiva y contemplativa o de dinamismo y de acción, que generan en él una mística de la vida.

Ese estado que en general se cree tan alejado de la vida regular, es un estado activo en todos nosotros y que por consiguiente nos halla propensos, en estado de gracia, para desarrollarnos a los efectos de una heráldica del espíritu, y a una conciencia del alma.

El hombre entonces frente al hombre estaría en posibilidad de desarrollar las fuerzas morales y espirituales del alma para obrar en consecuencia, y poseer ya ese estado permanente en la acción del bien y de la verdad. Empezaríamos de esta manera a vislumbrar la ciudad de Dios, en que toda acción y todo amor son llevados cada día a la realidad de las cosas, acercándolas a las necesidades de la misma realidad de la vida, y tratando de elevar las fuerzas vegetativas y sensibles a las facultades de amor y de gozo espirituales perennes.

Pues cuanto más trate el hombre de poner en rotación las facultades substanciales del alma, más contribuiría a la instauración de la Ciudad de Dios en la tierra, que está profetizada como la revelación de un mundo mejor.

He dicho al comenzar, que no he querido traeros aquí un tema puramente estético porque nos hallamos viviendo momentos caóticos, casi trágicos en el mundo.

Y porque creo además que los acontecimientos de los pueblos y de sus problemas, deben de predisponer y regir las voces secretas del poeta, su mística y su heráldica. El poeta debe de ser el representante del canto humano. El debe de recoger en su alma todas las inquietudes y todas las esperanzas de la época en que le ha sido dado vivir y cantar.

¿Qué vamos a decir nosotros, poetas, ciudadanos de un país ensoñado de lirismo, atentos tan sólo a las propias variaciones de nuestra vida? ¿Qué vamos a decir al hombre en general, de cuya alma deberíamos ser el receptáculo grávido y generoso, como el tiempo con que Dios predestina la vida?

Porque ¿qué ha de ser del poeta que no sepa responder a la pregunta perenne que la pupila del hombre con quien convive en la tierra y en el tiempo, lo interroga a cada instante?

La hora caótica y convulsa en que nos toca vivir, y a lo que me referí al principio, ha traído por una parte la negación total del individuo en lo que a su alma se refiere, y ha creado la ciudad terrestre, turbulenta y febriciente, en que no hay salvación posible. Tal una selva densa y enmarañada de donde nadie podrá libertarse ya, y que caerá bajo un sepultamiento de murallas cobrizas y mortíferas.

Y de otra parte se levanta el hombre nuevo, como si se hubiera gestado de una nueva estirpe humana, él que trata de poner en movimiento y en función las potencias superiores de su alma. El se acerca a la humanidad, porque la representa con toda la responsabilidad con que Dios le ha de pedir cuentas; y porque siendo él un bien dentro de la vida, ha de levantar el baluarte del espíritu y de la buena inteligencia del amor, y esperar y amar dentro de las facultades potenciales de su alma, para alzar la vida hacia las fuerzas sobrenaturales del Cielo.

La ciudad terrestre no satisface ya al hombre. El alma necesita luz para amar a Dios con un continuo fuego de fervor y de gracia, y poder optar así a la Ciudad de Dios.



ALMA Y RAIZ DE UN LIBRO

Para hablar de un tema racial y de una posición espiritual a través de un libro de poemas, que ha de llamarse "De Israel a Cristo", he debido circunscribirme a la realidad de las cosas. He debido también fijar esta realidad como algo trascendente, pero de lógica continuidad, y de resultado inminente en la posición, que el alma trazó en su vida, para llegar precisamente a tal resultado. No daré a la palabra *realidad* el valor natural y científico que posee. Por consiguiente la realidad no es siempre materia, elucubración exacta del proceso y de la experiencia de la vida. En las dos corrientes que dominan a la humanidad, la espiritual y la positiva, la realidad se alza también hacia el espíritu, y lo conjuga con la acción. La acción es, pues, necesaria a la vida material, es decir, a la transmisión del pensamiento y de la fuerza de un cuerpo, y ella es también, casi diría, imprescindible al espíritu.

La vida del espíritu no escapa de ningún modo a estas leyes establecidas para él, quizás, en primer término, ya que Dios en el principio hizo la luz para el mundo.

La vida espiritual, sobrenatural, mística, según los grados de predisposición, que se va adquiriendo para su perfeccionamiento, requiere como dijimos la acción como medio y como fin.

Si el espíritu requiere la acción, exige también dentro de su contemplación el renunciamiento. El que renuncia a una cosa inmediata, pierde, se le escapa una oportunidad, se le va de la mano una posibilidad que hubiera mejorado su presente. Esta es una probabilidad primaria, instintiva. Pero renunciar es también trasponer un trecho, y dentro de este trecho y del espacio traspuestos, el espíritu, que pudo haber alcanzado aquella felicidad no disfrutada por el renunciamiento, ha comenzado a vislumbrar algo nuevo. Ha visto allá a lo lejos, donde la tierra se funde en el cielo, una luz vetuada de colores diversos, pálidos todos, porque el espíritu, a pesar de la acción de la fuerza que en el mundo desarrolla, es transparente, quebrado sobre su misma luz.

Y de esa acción del espíritu surgió el ideal. Un ideal es siempre algo sobrehumano. Créese en general que es inalcanzable.



Para alcanzar esta heroicidad, provenga ella del espíritu, que casi siempre la impulsa y la crea, es menester pasar en la vida sobre mil pequeñas cosas: sofocar los sentimientos triviales, oprimir el latido loco del corazón; atar la ansiedad inexperta, inútil; vendar los ojos que ya vieron demasiado; y es preciso por sobre todo tener fija la voluntad, tendida, tensa, vibrante, hacia ese punto, que cada vez más se agranda, y que es como un cielo cuajado de irradiaciones, donde el oro del sol, el ópalo de la luna, el azul del firmamento, la luz rosácea de la aurora, le prestan una fuerza irresistible de misterio. El hombre así héroe y vencedor de sus propias miserias, ha subido ya la primera grada de esa escala, trenzada de ansias supremas, pero también de hondos desfallecimientos. Y ha llegado entonces a un plano de perfección humana.

Casi todos los filósofos han colocado a este héroe, a este idealista, despojado ya de las mil pequeñas trivialidades y miserias de la vida, a este místico en acción, en un límite. Ese límite, que para la generalidad de la gente implica una división o una separación, no contribuye a la absorción total del individuo para la sociedad. Todo lo contrario. Este idealista, este héroe de la vida, ha resuelto ya para sí, y para los espíritus que in-

concientemente ha ganado, y ha inclinado hacia él un problema del que depende en forma relativa esa corriente espiritual, de que hablamos al principio y por cuyos cauces corre el espíritu de la humanidad.

Bergson, el filósofo francés, dice en su último libro: "*Les deux sources de la morale et de la religion*" lo siguiente al respecto:

"Aquel que practica regularmente la moral de la ciudad, experimenta ese sentimiento de bienestar común al individuo y a la sociedad, quienes a su vez manifiestan la interferencia de las resistencias materiales entre ellas".

"Pero el alma de aquel que se abre, a cuya vista los obstáculos materiales se esfuman, ésta es alegría completa".

He trazado esta introducción a mi tema, para dejar planteada la posición de mi alma, que sintió la mordedura del más allá, y se dió a la tentación de hacer prevalecer el alma sobre la materia. No me refiero al amor porque el verdadero amor tiene siempre una gota de exaltación divina.

Esta alma sintió entonces la tentación de lo sobrenatural. Estaba quizás circunscrita por mucho tiempo a la tierra, y no debió arrancarse ya a su cálido magnetismo. Se sintió tocada de algo, que no puede explicarse ni expresarse. Jugaba así sobre la balanza

de su destino, con el destino del Hombre Dios y del Hombre Lobo.

"Homo homini Deu y Homo homini lupus".

Sabía perfectamente por una fuerza innata del amor y de las promesas de la vida, como una bandera a desplegar sobre el mundo, pero comprendía también que el Hombre Lobo, al fascinarla con las tentaciones mundanas, nunca la habría dejado del todo satisfecha.

Y quiso alcanzar su perfeccionamiento en el "*Homo homini Deus*".

Por mucho que quisiera explicar la sinceridad de esa alma, no podría hacerlo. Confía ella en vuestro reconocimiento. Para ello traigo a colación unas frases de Bergson, en el libro que ya citamos, en el capítulo "*Valeur philosophique du mysticisme*": "Hay una aceptación tácita en los que nacieron, sino predispuestos, atentos a estas manifestaciones sobrehumanas del espíritu.

Hay algunos, sin duda alguna, cerrados completamente a la expresión mística. incapaces de una emoción al respecto. Pero también hay seres, para quienes la música no es más que un ruido continuo. Por consiguiente a nadie se le ocurriría negar a la música". Estas son las palabras del filósofo francés sobre la mística en general.

Y mi alma se dió en pensar en la pequeñez atómica del ser humano, y en su fugaz trayectoria.

De ahí que naciera en ella el afán imperioso de sobrevivirse, de superarse; de cortar las amarras de la carne, que es una tristeza profunda.

Si en una posición espiritual podría situar el alma que escribió este canto, es sin duda, dentro de la acción del misticismo, o la dinámica del espíritu. El que en Dios resume todos sus actos, el que lo alberga en sus más íntimos sentimientos; el que lo ve flotar en el vigor de la naturaleza; y luego, desde los comienzos del mundo hasta las nuevas civilizaciones de pueblos y ciudades.

En una disertación anterior a este tema había fijado la calidad del místico: el de la contemplación y el de la acción: es decir de la dinámica del espíritu. He clasificado entonces mi filación dentro de la mística de la acción. Hoy he de explicar el por qué.

Yo como algunos de los poetas de mi generación y algunos de la novísima, he sentido el vacío de nuestro ambiente.

Vine al mundo literario con un corazón puro y una imaginación casta. Era una adolescente. Creía en la humanidad. En cada

ser que se me acercaba creí encontrar una fuerza cordial. ¡Cuántas veces he llorado con esa lágrima viva y quemante, que no alcanza a rodar sobre la mejilla, porque se absorbía en el fuego con que fué vertida! ¡Cuántas veces volví sobre mí misma, con la decisión irrevocable de no volver a ver, y de no conocer a nadie más en la vida! La vida sin embargo me devolvió a su superficie, y hube así de empezar siempre de nuevo.

No podré negar que voces y bocas voraces o sublimes, no hayan rondado mi corazón: pero ninguno de ellos supieron infiltrarme hasta ahora, la dulce y tremenda tremolación del corazón, infinita como la inmensidad del cielo, y tumultuosa como la vibración integral de la vida.

Volví entonces nuevamente sobre mí misma, y la exaltación más sugestiva que pudiera dar la criatura humana para la conquista del corazón y del objeto amado, no hallado en el camino aún corto de la vida, me devolvió a la conquista del amor divino en Dios.

Y lo busqué, y lo hallé en todas partes, soñé y lo advertía siempre; hablé, y me sonreía sin cesar; contemplé, y lo vislumbraba de continuo; me conmoví, y sentí que lo amaba!

Así escribí "Místicas" mi segundo libro.

Me detuve luego. Sentí que para amar a Dios era necesario conocerlo más; y canté la naturaleza y sus elementos; el dolor y la alegría, y soñé con el amor. Así escribí "Cánticos" y "La Divina Tortura".

Este próximo libro: "De Israel a Cristo", fué gestado en un momento de un sacudimiento integral de mi espíritu. El Evangelio ha ejercido sobre mi alma, desde niña, una sugestión muy grande. No lo leo sin estremecerme. Una conmoción intensa se apodera de mí y, soñé que mi raza se conquistaría del todo, si en su corazón albergara ya a Cristo.

Y dentro de la decepción de la hora actual del mundo, en que el amor se ha subordinado en costumbre y en vicio; en que el hombre niega enceguecido la verdad y la belleza; y en que el caos más desesperante confunde a los hombres en una marejada de odio y de venganza, he puesto entonces definitivamente mi corazón en Dios.

Y para consonantar con el Creador que es acción y armonía continua, el místico aspira a parecerse a la imagen de Dios. De ahí su ímpetu, su movimiento, su casi inquieta vida impregnada de actividad del espíritu y de las cosas.

Luego, antes de comenzar a explicar el libro en sí, y de asentar su contextura lite-

raria y su unidad a través de los poemas que lo componen, debo por conciencia poética dejar constancia de un artículo de Ramiro de Maeztu sobre el gran escritor Joris Karl Huysmans, aparecido en "La Prensa" el 21 de Agosto de este año.

El escritor español, al referirse al sistema espiritual y místico del célebre escritor, considera a su vez *la Mística* con estas palabras: Los tres senderos de la religión son: el de muerte y resurrección; el de pecado y redención; y el de natural y sobrenatural.

Estas consideraciones las ha escrito Maeztu para mi libro "Místicas", y figuran en el prólogo de su 2a. edición.

"De Israel a Cristo" es un canto subdividido en 68 poemas. He trazado, en lo que me fué posible, una línea recta desde el Génesis hasta la exaltación de la Cruz. La figura central es Cristo, como exponente racial y espiritual de Israel.

Yo he visto extender la mano de Jesús sobre el hombro de Israel quebrantado en su paso errante por las naciones del mundo.

Este poema se inicia con la visión íntima "Yo te he visto Jesús" y va hasta la transfiguración del madero, que se alzó para crucificar a Cristo.

En "La Creación" aletea ya el Verbo y ofrece al que se interna en las virtudes y milagros que Jehovah vertiera dentro del caos originario del mundo, y que arranca luego desde la "Casa de Betel", es decir casa de Dios o Templo, hasta las primeras Iglesias Cristianas.

Luego el Sábado se continúa dentro de la verdad genesiaca en el Domingo de Resurrección.

En el "Pecado Original" tercer poema de ese canto, simbolizo la caída y la pesada cruz que Adán y Eva cuelgan en el destino de la humana simiente.

La Cruz, por consiguiente, empieza ya a tomar un cuerpo metafísico en la vida humana, y se alza como una ofrenda de expiación en el Monte Moriah, donde Isaac con el leño sobre sus hombros es ofrecido por Abraham en holocausto a Dios.

La Cruz entonces toma cuerpo al exaltarse sobre el Monte Moriah, como lo veremos luego alzarse sobre sus alas en un alarido de dolor humano en el Monte Calvario. En las figuras de los Patriarcas, cada uno de ellos se une en acción con el fervor de los Apóstoles.

Así en "Moisés", la expiación del pecado con la sangre de los animales, sobre el mismo Monte de Olivos, en que luego el Rey Da-

vid señalara con su voz de profeta el lugar desde donde subiría hasta los cielos el gran Dominador.

Luego las Tablas de la Ley, entregadas a Moisés en un coloquio sublime con Jehováh, que hasta hoy son aceptadas por la Iglesia Católica, leyes que rigen moralmente y hasta civilmente a la Humanidad.

Las figuras que más simbolizan en el Antiguo Testamento a Cristo son: David y Job. Cristo desciende de David, después de veintiocho generaciones exactas, y el alto Rey-Poeta desciende a su vez de Ruth, una de las mujeres bíblicas, que también figura en este libro, y que con su desposorio con Booz, se continúa en Obed, éste en Isaí y este último en David.

Job es la figura del dolor. La desolación más profunda y el quebranto más marcado, lo identifican como una imagen de la raza de Israel. Pero al fin alza su canto de glorificación a Jehováh, y espera en la resurrección de la carne y de la fosa.

Lo que luego denomino Geografía Mística, son las ciudades, los mares, los montes, los lagos y los lugares característicos, en los cuales se ajustan los acontecimientos de la vida inicial del espíritu de Dios Jehováh para Israel, y de Dios Padre para Cristo.

Así he cantado sucesivamente en las dos

partes del libro: Roma, Jerusalén, Babilonia, Galilea, El Mar Rojo, Genezareth, El Desierto, Belén, Canaán, Nazareth, El Santo Sepulcro, El Muro de los Lamentos, etc.

Después de haberme detenido en los profetas mayores y en uno de los menores, "Miqueas", el "Canto de Alianza" une las dos partes del libro.

Este canto responde en forma intrínseca a mi aspiración íntima, mil veces escrutada en el fondo del corazón, soñada como una tremenda y dulce realidad, para que Israel, el pueblo elegido de Dios, reconozca y se una al fin al Mesías, que entonces desconocieron, y cuya segunda venida al mundo, anticipada por el Ante Cristo de hoy, lo aceptarían ya definitivamente.

Tres sonetos a "La Cruz" cierran su segunda parte, que se compone a su vez de 35 poemas, en donde desfilan: Apóstoles, Mujeres bíblicas, el Poema mayor de Cristo; los ocho Doctores de la Iglesia primitiva oriental y occidental; y Santos y Santas de nuestros tiempos.

Este libro fué escrito durante cuatro años con intervalos de lecturas y de documentación, y con el estado de alma necesario a estas proyecciones espirituales, en que la ex-

presión bíblica únese a veces a la exaltación, y ésta al arrobamiento y a la acción espiritual.

Dentro del dinamismo del espíritu he debido arrancarme a la dinámica de la acción; y dentro de la lucha y del esfuerzo para sostener la palanca de la realidad en la vida, he debido renunciar a posibilidades mundanas, para sostenerme firme en el destino de este otro equilibrio espiritual.

Dentro de este desdoblamiento a veces permanente, otras veces diluído, he escrito este canto como un testimonio de fe, y como un grito de la sangre que me alcanza desde Israel, y me hizo trasponer su umbral, para ir al encuentro de Cristo.

ALBERTO MENDIOROZ, POETA

NACE UN POETA

Nace un poeta y un rayo de luz baja a la tierra. Aquel resplandor del cielo que se prodiga o se esfuma, según los favores con que Dios nos quiere dispensar, se subraya y se abre en una claridad total, e ilumina por siempre el mundo de nuestras almas.

La infancia del poeta está señalada con índices sutiles y alargados, así como los tallos de las flores, que cuanto más se inclinan tanto más perfume despiden.

Sus ojos rasgados de infinidad y de estupor, sus preguntas alzadas hacia un continuo ¿por qué? de las cosas, y su perenne ansiedad de expandirse o de reconcentrarse, lo transforman desde una tierna edad en un ser aparte, silencioso o entregado a los juegos, abstraído o comunicativo, tímido o audaz. Su aspecto es el de una criatura nacida para algo definitivo, porque el corazón que canta o sueña, es la voz de un inefable destino en la vida.

Y luego adolescente, el poeta adolescente refleja en su mirada la nostalgia o el miraje de un mundo nuevo, un mundo por él concebido y fraguado a su manera, en que un deslumbramiento interior lo sumerge en una luz de matices tenues o pronunciados, y de donde el estertor y el desvarío del hombre han sido eliminados, y reemplazados por un resplandor permanente de justicia, de belleza y de amor.

Y así entre el ensueño de sus posibilidades y el deslumbramiento de aquel miraje de esperanzas, que matizan y adornan lo subjetivo en lo objetivo, se abre al fin la voz impetuosa de su vida, florece el espíritu, y empieza a cantar el corazón el ritmo inicial de su temperamento substancial y conmovido.

Todas las fuerzas primordiales del genérico devenir de la existencia, gestadas bajo las rutilantes luces de las estrellas, caldeadas bajo el calor motriz del sol, bañadas en las luces plateadas de la luna, y florecidas bajo la sonrisa divina de Dios, contribuyen a formar y a edificar el alma del poeta que nace.

El posee el privilegio de hacer transformar las cosas a su redor, de imbuírles ese no sé qué de permanente, y de establecer entre su alma y la de los que lo rodean, una atención vigilante hacia todo lo que a él se refiere.

El poeta siembra pues desde su infancia, y luego ya maduro, en el ambiente a que pertenece, un constante estremecimiento que parte de las almas afines, en forma de vigilancia y de admiración.

MUERE UN POETA

Muere un poeta. Y ha muerto con él, un hijo de todas las madres, una definición o un complemento de todas las cosas. Porque él cantó en un poema realizado o trunco todo lo que vive, lo que muere y lo que perdura.

Enlazó en sus cánticos de amor y de dolor, de vida y de naturaleza, y también a veces el alto y señalado destino de cantar los divinos misterios de Dios y del Cielo, todo lo que germina, lo que florece, lo que persiste. Muere un poeta, y no solamente la madre llora con él el sepulcro de su vida prematuramente abierto; no solamente llora la esposa, quien lo enraizó en el amor del hijo en la vida; no tan sólo lo llora el amigo, que lo comprendió y lo alentó. Todos esos vínculos naturales y espirituales unen su sentimiento de dolor a todo lo que pudo el poeta haber contribuído, para crear y para vincular entre ellas las fuerzas de una existencia, que se engastaban bajo el signo de su predestinación, según los grados de perfección y



de potencia de su temperamento. Muere un poeta; y seguramente Dios le abre las moradas del cielo para el eterno reposo de su alma y la naturaleza lo acompaña en su último viaje: las flores se abren y se amustian; los pájaros dejan de cantar en las ramas abiertas de los árboles; el mar bate con más furia sus olas, o aquieta de pronto su oleaje. Todo alrededor adquiere en esos instantes el lúgubre y triste cuadro de un duelo general. Y luego el cielo envía desde las bóvedas de los altos firmamentos, la luz de una estrella que cae; que baja hacia nosotros con la inexorable y última visión de la claridad que se extingue.

Y en verdad se ha apagado una luz en el mundo. Pero una estela luminosa siembra también el recuerdo de su vida en la nuestra, porque el dolor nos ha aquilatado en la luz de su permanencia inalterable.

¡Muere un poeta y algo de nosotros ha muerto también con él!

Vamos a analizar la obra de Alberto Mendioroz, que en la ciudad de La Plata pasó sus años de estudios, y gestó en ella, en la placidez de sus tardes serenas y armoniosas, sus poesías y su vida, truncados por su temprana desaparición.

Su primer libro: "Horas Puras" con que se iniciara en la literatura nacional deja entrever a un poeta que piensa.

Alberto Mendioroz fué un poeta filsofíco. ¿Cómo es posible, nos preguntamos, que a la edad en que escribió sus primeros versos, haya podido su espíritu arraigarse tan profundamente en la duda cautelosa y en la nostalgia cálida de su alma?

"Horas Puras" debió haber sido en el año de su aparición un libro de un poeta precoz.

Y digo que Alberto Mendioroz fué un poeta precoz para aquella época literaria, porque ese libro podría muy bien ser un libro de estos tiempos. Después de casi cuatro lustros sus poesías de entonces, serían actuales, y podrían colocarse en el ambiente de hoy, en que un desfallecimiento hondo embarga el espíritu de los poetas. Las crudas transiciones del arte, su deshumanización completa, abren el horizonte hacia una restauración de las fuerzas espirituales y un señalado estremecimiento de fe invade a los pechos más descreídos.

Alberto Mendioroz ocuparía hoy con ese libro el lugar intermedio, es decir, se habría colocado del lado de los que anhelan la conquista del bien humano en su expresión estética y espiritual. El hubiera sido hoy una voz de conciliación, de franca meditación del

eterno ¿por qué? y quizás de entrega total hacia los problemas religiosos y espirituales del arte y de la vida.

Y vemos como a la distancia de diez y nueve años puede un libro reconquistar un lugar que le fuera negado en el ambiente de entonces, cuando una poesía honda, ideológica, y por fuerza espiritual, cayera en una época frívola e irremediablemente sensual y disoluta de la post-guerra, y abriera a todo trance el bostezo de un corazón que piensa.

Yo recuerdo cuando publicara en 1922 mis primeros poemas, como una poesía ya plagada de necesidades fisiológicas por parte de las mujeres, ya quebrada en su ritmo y en su emoción por parte de un grupo de poetas, ya del todo negada a la belleza, al ritmo y al espíritu, llenaban los anaqueles de las librerías, y destruían el noble e imperecedero anhelo de la belleza y del arte. Y luego vinieron las nuevas escuelas vanguardistas, la nueva sensibilidad con sus perturbaciones necesarias o inútiles. Y entonces, como ahora, todavía, cada uno de ellos y todos en general, supieron fabricar la poesía. La confección de muchos renglones cortos, sin ritmo y sin medida, sin emoción, y por consiguiente sin belleza y sin poesía, era y es tarea de muchos hombres sobre la tierra.

Yo no sé si el espíritu fracasado y rebelde

a la vez del hombre de la post-guerra, engendró ese estado de cosas, y negó toda verdad y todo bien, toda belleza y toda alma. Yo no sé. Pero lo que puedo aseverar es que Alberto Mendioroz había llegado con su voz inquietante y profunda demasiado temprano. Y los ambientes literarios, atentos sus oídos a los llamados falsos y destructores, no recibieron la voz pura, profunda y espiritual del poeta, con el entusiasmo que hoy pudiéramos hacerlo, hoy que volvemos los ojos cansados y el alma sedienta hacia un ideal nuevo. El sentimiento de entonces necesitaba diluirse, aniquilarse en la consumación de su propio destino, romper los lazos de afectividad y de esperanza que los unía indefectiblemente al mundo, y negarse para poder subsistir en su franca descomposición de valores y de cosas.

He aquí cómo Alberto Mendioroz se actualiza, aunque fuera en forma inicial, ya que fué arrancado de la vida en plena juventud, y no alcanzó, por consiguiente, a definir su poesía, rica en pensamientos, profunda en conceptos y armoniosa en la forma.

He aquí cómo el poeta alza su voz y habla de hondas inquietudes humanas.

*¡Tuya será la tierra, y tus sudores
¡Amasarán tu pan! mandó el Altísimo.
¡Señor! Es mío el Universo entero!*



¡Señor! Cuanto hay es mío.

Y sigue desmembrándose a sí mismo para conocerse mejor.

*“Señor, si tú me conociste paria,
¡Recorre el libro de mi vida intensa!
¡El poema recita de esa loca
Lucha continua, y en su seno arcano
Verás cómo se abrió potente y sola
Mi ambición en un sendero luminoso
A través de la historia.*

Y más adelante con tono de un exaltado paroxismo, canta dominado, sin embargo, por el sentimiento de aproximarse a Dios: el dolor y la angustia, vehículos del alma que buscan en las distintas filosofías la causa de su mal, se apoderan del poeta a menudo. Es así como inicia su poema “La Parábola de la Poesía:

*“Dormitaba a la puerta de mi tienda. Caía
Mi cabeza, agobiada por la melancolía
De mis horas estériles.
Era amargo el visaje de mi rostro.*

Interroga luego con un gesto dantesco que vela a la sombra de su Virgilio interior, porque su alma y su vida fueron dos personajes distintos dentro de su corta trayectoria artística, en que la una se apoya en la

otra, y ya ambulan y ya descansan sin cesar:

*“Llegué luego a una tumba que ocultaban
[las flores:*

*Y en cada flor había titilante, una lágrima
Que se hizo rocío . . . Una mujer lloraba
De ojos hechos hondos a fuerza de nostalgia,
Del que se fué por siempre jamás . . . y
[circundaba*

Aquella escena mustia

*Un soplo indefinible como un vaho de
[angustia”.*

“La Parábola de la Poesía” puede considerarse como una de las composiciones más hermosas de “Horas Puras” y una de las mejor realizadas.

De esta manera el párrafo final devuelve al Poeta a la fe, y a la reconciliación de la vida con su alma, es decir, con el espíritu de su poesía:

“¡Entonces, caminante, yo creo en Poesía!

¡Oíd! Tuve en otrora un altar al lirismo

*Dentro del pecho, y era mi ser como un
[abismo*

*Fantástico, colmado de armonías, sin
[máscula,*

De melodías vírgenes” . . .

Constantemente sigue el poeta ahondán-

dose, rasgados los ojos en aquella noble ingenuidad del adolescente frente al mundo y sus cosas, y percibe y se atormenta con sus tristes pasiones:

*"Y supe que existía malas madres, y vi
que habían novias pérfidas y amigos
[desleales.*

Espantado, corrí

*Lo más lejos posible de lo humano,
[queriendo*

Buscar entre el estruendo

*Del mar, el trueno, el viento, el monte, en
[el perfume*

La clave de la ignota, recóndita armonía

Del milagro genésico.

Alberto Mendioroz cultivó en este libro inicial la poesía de aliento, con la sonoridad y la amplitud propias de los verdaderos poetas, a manera de una campana que resuena con más intensidad en tanto su bóveda es más combada.

El poeta tuvo el pecho ahondado, en el cual su alma se expandía enajenada de verdad y de fuerza. A veces esa verdad exaltada, problema filosófico recogido y resumido en diversas escuelas filosóficas se imbuía de resonancias de Nietzsche o de Hegel. Porque hubo momentos en que esa verdad que buscaba con una exaltación inverosímil y

con un delirio inmenso, libertado de toda norma espiritual, se acercaba a Dios, y se decía su congénere, su igual.

Pero, pasados esos arrebatos, el poeta vuelve en sí, y lo vemos después de dialogar en su extenso y hermoso poema: "Ante la Vida" con todos los elementos de la naturaleza, con todas las pasiones del Hombre; y se adentra a veces en la trágica y a la vez simbólica fibra de la vida, después de rebelarse contra todos los estigmas y todos los desalientos:

*"Que purifica el alma
De las madres, las novias, los amigos y acalla
La amarga sinfonía
Del dolor de la vida, como una sonrisa
Que asomara en la noche fúnebre de un
[quebranto;
Como una carcajada de un inmenso
[desprecio
Lanzada sobre el rostro de una inmensa
[miseria!*

Calló Dios.

Y es por eso, desde entonces, que canto".

En "La Epopeya de una Idea" otro de los extensos poemas del libro, el poeta se vuelve cósmico, y deletrea los signos de la Idea, a través de la llanura, del bosque, del mar y de los hombres.

Toda la grandeza del Universo lo embarga, lo sacude y lo seduce. Tiene acentos soberanos; se resuelve en distribuidor de los hombres, y los invita a seguirle:

*“¿Ha desmedrado mi pureza, hermanos?
Desde la cumbre, frente al sol, os digo
Que venzáis hacia mí. No tema nadie
La traición del camino. Está vencida
La llanura; en el bosque vuestras manos
Críspense sobre los árboles, y en ellos
Atravesad el mar. Yo haré que irradie
La luz eternamente en vuestra senda.
¡Venid todos a mí! ¡No tema nadie!”*

Todo el tono de este libro es majestuoso, sonoro por la expresión de su factura literaria; firme por la convicción que lo anima; sereno y hondo por la firmeza con que delibera, que a pesar de no estar supeditado el lirismo al pensamiento, surge aquél fácil y pulcro en la forma y en la música de la forma.

Poemas henchidos de un aun no determinado ideal, pero atentos a un gran ideal.

El poeta logra, sin embargo, humanizarse en sus poemas finales, y lo vemos acercarse con la misma idealidad al símbolo de la mujer, por el mismo acercamiento a la vida y a su impulso generador: el amor. Imbuído aun de reflexiones y de ideas, pe-

ro purificado ya por la aristocracia de su corazón canta en el "Poema de tus exquisiteces" a la mujer incorpórea por lo sutil, lejana por lo idealizada; a "Ella con mayúscula al símbolo de la mujer.

Vamos a pasar de estos poemas mayores, y que alejaron al poeta un tanto de la realidad de la vida, para acercarnos al poeta lírico a fuer de filósofo, y detengámonos ante uno de los pocos sonetos del libro: "El Soneto del Optimismo". En él el poeta se humaniza y se devuelve al franco lirismo, que ante todo es canto esencial de la vida.

En "Dios" acotación breve a "El Collar de Estrellas", de Benavente, el Poeta define su alma al fin:

*"Dios existe. Preciso, quiero creer y creo.
Dios existe. Y si acaso no existe, yo lo creo".*

Y es cierto. Si no lo hubiese dudado no lo habría encontrado.

"Un Tren que pasa" son dos sonetos de una belleza perfecta, en que la verdad de la vida surge desde lo objetivo y se manifiesta en lo subjetivo de su expresión: Leamos el segundo de los sonetos:

*"Sólo se oye un rumor. El tren lejano
Remeda un corazón agonizante.
Y pienso un tren que pasa es un arcano,
Un tren que pasa es un interrogante.*

*¡Cuánto empuje viril y soberano
De los que sueñan oro, cuánta errante
Vida conduce como de la mano
Con un mágico rumbo: hacia adelante.
Cuántas novias que esperan el amado
Y olvidan soledades del pasado;
Cuántas otras que quedan en la aldea,
Pensando con horror que su quimera
Puede trocar el tren en su carrera,
En humo de la erguida chimenea!*

Síguenles a estos sonetos varias composiciones de tinte filosófico y termina el libro con los versos:

“De lo atávico”, en el cual el poeta Mendioroz abre en una amplia confesión la brecha de una labor que se ha intensificado en emoción, bifurcando su temperamento en las cálidas variaciones del amor y de la vida.

El Poeta se confiesa:

*“Es áspera mi pluma para el canto
Amoroso; buriles primitivos
Le imprimieron rudezas de combate,
Y no sabe de acentos persuasivos,*

Hemos puesto fin a un bello libro, un tanto de actualidad, ajustada a los momentos que vivimos, que encierra, una poesía de ideas, densa, prieta, firme: que subraya a un poeta y a un hombre, en toda la extensión de la verdad con que sueña; y en

toda la responsabilidad con que se erige y se afirma.

Porque "Horas Puras" es el libro de un poeta que se iniciaba en 1915 a la poesía. Obra demasiado profunda para los años que sucedieron a esa fecha, en que la vida se tornaba angustiada e incoherente, sembrada aún por la roja tragedia de la guerra, y que por consiguiente buscaba evadirse y olvidarse en el laberinto disperso de la duda, y en lo fugitivo de los placeres.

Como decíamos al principio la cotización de los valores espirituales habían sufrido una baja tremenda, y el corazón y el alma del hombre habían casi desaparecido de las transacciones humanas. Deshumanizados el hombre y la vida, vimos hasta qué punto disolvióse el sentido de la estética en el arte, como un resultado irremisible de las mismas causas.

El otro aspecto literario de Alberto Mendioroz se encuentra inédito en algunas obras dramáticas y en un conjunto de versos amatorios. Para bucear en esta su nueva personalidad, en que el poeta se acerca a la vida, y plasma en aspectos y circunstancias vividas su fuerte temperamento, deberíamos hacer un estudio aparte.

Y dejamos ese propósito para una oportu-

tunidad nueva, en que el temperamento del poeta estaría reemplazado por la virtud de un temperamento vivido, y en el cual el sentimiento esencial de la lírica se renueva hacia un conglomerado de aspectos vitales, realizados en la cálida y bruñida experiencia de la vida. Porque el ensueño de la misma le presta una disconformidad inequívoca con la misma realidad, y hace factible el canto del poeta en su más intrínseca aspiración.

LA CENA DEL REY BALTAZAR

(Auto Sacramental de Calderón de la Barca)

Antes de entrar a desarrollar el tema que me corresponde dentro del Ciclo de Conferencias que en la Academia Benedictina de Maestras viene dictándose en este año, bajo la alta dirección espiritual del Padre Andrés Azcárate, permítaseme dejar constancia de un recuerdo, pequeño para evocar en estos instantes, pero de una honda trascendencia para mí.

Viene a mi imaginación este pasaje, cuando hace algunos años me acercara en un crepúsculo de primavera naciente, a esta Casa de Dios, acompañada de una dilecta y muy querida amiga, que deseando hacerme el obsequio de conocer una de las Iglesias más tradicionales de nuestro ambiente, me trajera a este Monasterio en busca del consejo auspicioso y de la palabra saturada de severidad y de sabiduría.

La noche estaba ya plasmada en los altos cielos. La estrella de la tarde se manifestaba en la belleza de su irradiación en medio de millares de estrellas más pequeñas, que parecían serlo de este modo, quizás por la distancia que de ellas a nosotros se interponía. Una paz infinita, paz hecha de silencio y de gravedad, se extendía alrededor nuestro.

Las voces portentosas del mundo, llenas de estrépito y de inquietud, de turbulencia y de fragor, se quebraban en el umbral de este sagrado recinto. Las escaleras que subimos me parecieron entonces más altas, se me antojaba haber escalado una altura sorprendente. En presencia ya del digno sacerdote la conversación recayó sobre el motivo de nuestra visita y acerca del paso de honda trascendencia espiritual que iba a dar, sostenida por la simpatía de pocas personas que estaban en el secreto, pero vivificada y renovada por un fervor marcado y un convencimiento seguro. La mirada del monje sacerdote recayó en mí con esa sugestión que parte de los grandes conocedores del alma humana, que al conocer mi condición de poetisa díjome estas palabras: "¡Tan joven! ¿no tiene miedo de perderse en los ambientes literarios que encierran tantos peligros?" Ya lo creo que tuve miedo. Más que miedo, tuve casi pavor. Sería necesario llenar muchas ca-

rillas para conversaros del desaliento y de la tristeza que experimenté en los ambientes artísticos, donde el individuo, hombre o mujer, no encierra a Dios en su alma.

Luego, al trasponer el umbral de este templo, díme vuelta una vez más y así, dentro de la penumbra de la hora crepuscular, dentro de la pureza alquitarada del aire, o más bien del perfume, que ya emanaban los jardines invisibles de la naciente privamera, parecíame ver el Convento de los Monjes Benedictinos, enclavado en la copa de los firmamentos tapizados de estrellas, como una visión inmediata de la mano misericordiosa de Dios, que acercaba así los grandes puntales de la Iglesia Católica y de sus ministros en la tierra.

Y llegamos al tema de mi conversación.

Tócame a mí ahora, hacer el comentario de "La Cena del Rey Baltazar". No sé por qué mandato especial debo de bucear casi siempre en las luchas o en los pasajes edificantes del Antiguo Testamento, para resaltar con más fuerza y con idéntico convencimiento, la verdad y la belleza sin igual del Evangelio. Me remito tan sólo a las palabras que dijera al comenzar esta conversación.

Los Autos Sacramentales que estuvieron

en boga en España por mucho tiempo, tuvieron sin embargo su decadencia, y fueron prohibidos sus representaciones en 1765 por el Arzobispo de Toledo, Conde de Teba. Muchas de estas composiciones eran defectuosas, pero dejando a parte las intempestivas bufonadas de los graciosos, los Autos de Calderón de la Barca, los de Lope de Vega, los de Tirso de Molina, los de Timoneda y de algunos otros autores, pueden considerarse como sublimes poemas dramáticos. En una colección del "Tesoro del Teatro Español" desde su origen hasta nuestros días, compilado por Don Eugenio de Ochoa, figura "La Cena del Rey Baltazar" como la primera de esta selección.

En "La Cena del Rey Baltazar" los personajes son seis, a saber: el Pensamiento, Daniel, Baltasar, la Vanidad, la Idolatría y la Muerte. Dos figuras subalternas, la Estatua y el Acompañamiento los secundan.

Vamos a hacer una somera presentación de los personajes nombrados, para realzar mejor la alta visión del poeta, que trata en este poema religioso, de subrayar las costumbres disolutas de los reyes de Babilonia, pueblo ya marcado en el Antiguo Testamento por el estigma de la codicia del oro, el culto a los dioses y la confusión de las lenguas.

El Pensamiento que sale el primero a es-

cena, y que vestido de loco, de muchos colores, sostiene con Daniel uno de los más interesantes diálogos, se coloca frente a frente a las variaciones voluntarias ó forzadas del pensamiento en general, que para poder pertenecer a todos, y acomodarse a la voluntad y al deseo de cada uno de nosotros, se viste del color y toma la forma que más agrada al cerebro o a la imaginación a quienes pertenece. Y de esta manera contesta a la pregunta: "¿Quién eres?, con la siguiente respuesta chispeante y definitiva a la vez:

"Cuando eso ignores,
Vengo a ser yo el ofendido.
¿No te lo dice el vestido
Agironado a colores,
Que como el camaleón,
No se conoce cual es
La principal causa?"

Ya hemos visto pues, de que manera, el pensamiento se define a sí mismo, y cobra un significado parcial y general a la vez, en la obra que nos ocupa.

Y así sigue enumerando sus facultades providenciales según su albedrío, puestas al servicio de los hombres en las distintas circunstancias, posiciones, necesidades y facultades, que estas le otorgan sobre aquellos.

Daniel sostiene con Baltasar los pilares

mayúsculos de la obra, y ellos son los personajes, alrededor de los cuales, hace girar el autor la potencia dramática de su estro, subrayando en él uno la liviandad de costumbres, la vida muelle, laxa, rodeada de adula-dores como la Idolatría y la Vanidad, y sobre cuya cabeza pesa ya la inexorable ley de la muerte, para aumentar con Daniel, o mejor dicho para exaltar con el profeta, las virtudes y los dones de Dios, que lo exornaban.

En efecto la misma Historia Sagrada titula como Profeta Apóstol a Daniel, y nos enseña como en medio de la Corte babilónica, él anunció la grandeza del único Dios, y lo testificó obrando milagros, ya interpretando sueños misteriosos, ya exponiendo su vida de mil maneras.

Noble, de sangre regia, fué llevado a Babilonia en el primer cautiverio, siendo muy niño aún. Sus profecías encierran hechos trascendentales de la Historia Sagrada, y señala con una esplendidez precursora a Cristo, Nuestro Señor, en la hora de su venida.

Habiendo vivido en la Corte de los Reyes de Babilonia, de Nabucodonosor primero, y luego en la de su hijo Baltasar, su vida fué en medio de los tristes esplendores de esos reinados, un ejemplo de bien, y de sabiduría, atento al llamado de Dios, y a la pureza de su corazón. ¿Quién no conoce las

innumerables tentaciones a que fué expuesto este casto y puro varón, de cuyas falsas promesas salió indemne, como salió ileso de entre las llamas del horno, a donde fuera arrojado por mandato de Nabucodonosor. Se sabe también como llegó Daniel a ganarse a un tiempo la confianza de ese poderoso rey, que lo elevó sobre los hechiceros, los caldeos o astrólogos, al presentarse este joven de Israel, en toda la majestad de su pureza y de su sabiduría, a descifrarle las cosas que le sucederían en el tiempo, según los sueños que tuviese.

La Vanidad e Idolatría personajes simbólicos son como la malicia, la culpa, la liberalidad, la castidad, la lascivia y otras manifestaciones escondidas, y definen y complementan el personaje real, así como en nuestros tiempos los psicólogos modernísimos, señalan como fuerzas recónditas, fatales, inherentes a la psiquis del ser humano, y, que en el lenguaje ultramoderno han dado en llamar: lo subconciente. Para nosotros que albergamos en el fondo de nuestras almas a Dios, tales cualidades atávicas que conforman nuestra débil calidad humana, atormentada a cada instante por la angustia, el desfallecimiento y otras imperfeccio-

nes y debilidades plasmadas en nuestra naturaleza humana, tratamos de mejorarnos, de purificarnos, de vencernos, a pesar de estar expuestos continuamente a ellos, y de sentirlos aferrados a nuestro destino en todos los instantes y por todos los medios.

Calderón de la Barca, experto conocedor del alma humana, les ha dado vida corpórea y casi anímica, poniéndolos en juego dentro de sus Autos Sacramentales, en donde más que en ninguna otra obra dramática está latente el símbolo del mal y del bien, y el triunfo de este último sobre el primero.

La Vanidad y la Idolatría, las dos grandes debilidades del rey Baltasar, lo alejan de su pensamiento, es decir de su raciocinio, y ejercen en él y alrededor de él, la maléfica y perniciosa sugestión de su nefasto poderío.

De esta manera se ve cómo el mal se fragua fuera de la buena inteligencia del individuo, y cómo la balanza de la equidad y del justo aquilatamiento de las cosas, se hallan ausentes en el hombre, que vive confiando exclusivamente en su fuerza, creyéndose el eje de la humanidad, y desconociendo los eternos e impenetrables misterios de Dios en la tierra.

Así Baltasar se deleita mirándolas, y re-

conociéndolas como a deidades supremas, cuando se dirige a una de ellas:

“¡Dame Soberbia vanidad tus brazos!”

Y la Vanidad le responde: “Eternos han de ser tan dulces lazos!”.

Y la Idolatría: “A tus pies verás que estoy, siempre firme y siempre amante”.

Y la Vanidad que le dice: “Siempre Baltasar constante, luz de tus discursos soy”.

Y luego la Idolatría: “Y si a los dioses te iguales, yo por Dios te he de adorar”.

Y la Vanidad: “Yo, porque puedas volar, daré a tu ambición mis alas”.

Y así en este lenguaje de adulación y de halagos mundanos se mantiene el tono de sus conversaciones, hasta, que como más adelante veremos, se alejan impotentes ante la tremenda verdad de la Muerte, y los tristes presagios que Daniel preconiza con su clarividencia y su sabiduría al Rey Baltasar.

La Muerte es ya un personaje totalmente opuesto a los que antes aludimos, porque ella está amasada con el designio de la Providencia que se vale de su guadaña filosa y de su fría y horrorosa calavera para poner término a las vidas que ya cumplieron su designio en la tierra, y para incorpórar sus almas hacia el Tribunal Supremo de la vida eterna.

Así, de este modo, fuera ya del recinto de los fantasmas y de las sombras en acecho, la Muerte sostiene con Daniel un diálogo vibrante, y comienza a replicarle de este modo:

*“Yo divino profeta Daniel
De todo lo nacido soy el fin.
Del pecado y la envidia hijo cruel,
Abortado por áspid de un jardín.
La puerta para el mundo me dió Abel,
Mas quien me abrió la puerta fué Caín,
Donde mi horror introducido ya
Ministro es de las iras de Jeová”.*

Ya con el Pensamiento el Diálogo cambia de tono:

Pensamiento: “¿Quién me llama?”.

Muerte: “Yo soy quien te llamo”.

Pensamiento: Yo soy quien quisiera en mi vida no ser llamado de vos”.

Muerte: ¿“Pues qué es lo que tienes?”.

Pensamiento: “Miedo”.

Muerte: “¿Qué es miedo?”.

Pensamiento: “Miedo es temor”.

Muerte: “¿Qué es temor?”.

Pensamiento: “Temor, espanto”.

Muerte: “¿Qué es espanto?”.

Pensamiento: “Espanto, horror”.

Muerte: ¡“Nada de eso sé lo que es, que jamás lo tuve yo!”.

Cuando Baltasar se duerme mecido aún por las voces lisonjeras de Idolatría y Vanidad, platica la Muerte sobre su fin cercano con un acento de desgarradora y humana filosofía:

*“Descanso del sueño hace
El hombre ¡ah Dios! sin que advierta
Que cuando duerme y despierta,
Cada día muere y nace;
Que vivir cadáver yace
Cada día, pues rendida
La vida a un breve homicida,
Que es un descanso, no advierte
Una lección que la muerte
Le va estudiando a la vida.*

Con un movimiento brusco desenvaina la muerte su espada para matar a Baltasar, pero Daniel, le detiene el brazo diciéndole:

“Eso no”.

Y la Muerte:

“Quién tiene mi brazo?”

Daniel:

“Yo, porque el plazo no ha llegado:

*Número determinado
Tiene el pecar y el vivir;
Y el número ha de cumplir
Ese aliento, ese pecado”.*

Vemos pues como tan sólo ante la pureza y la virtud sabe detenerse la muerte misma, aunque sólo sea por unos instantes.

La Estatua aparece de color de bronce y a caballo, y la *Idolatría* teniéndole el freno, y al otro lado sobre una torre aparece la *Vanidad* con muchas plumas, y un instrumento en la mano.

Estas dos deidades ficticias han cambiado ya de opinión y ante Baltasar, que está sumido en el sueño, se atreven a opinar de la siguiente manera.

Así dice la *Idolatría*:

*“Baltasar de Babilonia,
Que las lisonjas del sueño
Sepulcro tú de tí mismo
Mueres vivo, y vives muerto”.*

Y la *Vanidad*:

*“Baltasar de Babilonia,
Que en el verde monumento,
De la primavera eres
Un racional esqueleto”.*

Al incorporarse Baltasar y al mirarlas.

estas reaccionan, y le dirigen aún palabras lisonjeras:

*“Yo la sacra Idolatría,
Deidad, que del sol desciendo
A consagrarte esta estatua
Del supremo alcázar vengo,
Porque tenga adoración
Hoy tu imagen en el suelo.*

Y Vanidad también vuelve a dirigirle palabras lisonjeras:

*“Yo la humana Vanidad,
Que en los abismos me engendro,
Y naciendo entre los hombres
Tengo por esfera el cielo:
Para colocar la estatua,
Este imaginado templo
Te dedico, que de pluma
He fabricado en viento”.*

Baltasar se deleita aún escuchándolas, ignorante del trágico fin que le espera, que pesa ya sobre sus hombros, sobre su cabeza, sobre su vida toda.

Mira bajar la estatua y subir las torres, mientras cantan aún las dos deidades.

IDOLATRÍA: *“Bajad, estatua, bajad.
A ser adorada, id.”*

VANIDAD: *“A ser eterno, subid.
Templo de la vanidad!”*

IDOLATRÍA: “¡Corred, bajad!”

VANIDAD: “¡Subid, volad!”

Las dos a un mismo tiempo: “Pues hoy de los vientos fía”

IDOLATRÍA: “Estatua la Idolatría”.

VANIDAD: “Y templo la Vanidad”.

Faltan aún pocos instantes en el devenir del tiempo, para que la alta torre de la Vanidad se desmorone por completo; y para que la estatua que consagra a la Idolatría, se reduzca en escombros, y caiga sobre Baltasar, su reino, sus placeres, sus deleites, sus vicios, y sus falsos dioses, desmenuzándolos.

Veremos cómo a través de los personajes reales o simbólicos, los unos, la vida que Baltasar alienta alrededor suyo, y como los otros, las voces ciegas y lisonjeras lo envanecen y ejercen sobre él una maléfica y nefasta sugestión. Todo se confabula para el fin inmediato de este rey, que fué un fiel sucesor del Rey Nabucodonosor, su padre, en cuanto al culto de los dioses y a la adoración de las estatuas de oro.

Y así como al mismo Daniel cúpole el destino de predecir el fin trágico de aquel rey, diciéndole: “Tu reino oh, rey Nabucodonosor, te ha sido quitado, y te echarán de entre los hombres, y habitarás con las bestias y fieras, y comerás con el buey; y pasarán, de esta manera, por tí siete tiempos o años, hasta

que reconozcas, que el Altísimo tiene dominio sobre el reino de los hombres, y lo da a quien le place”.

De este mismo modo el profeta Daniel lee en las visiones y los sueños de Baltasar, el nuevo rey atormentado, y le predice su cercana muerte”.

Nos acercamos al punto culminante del poema dramático: “La Cena del Rey Baltasar”, según reza el título del Auto Sacramental. Sabemos ya que Baltasar había heredado de su padre el rey Nabucodonosor la adoración y el culto a los dioses, los sacrilegios y las profanaciones de las cosas sagradas de Dios. Habiendo recibido de su padre los vasos sagrados de oro y plata, que aquel hiciera robar del Templo de Jerusalén, dispuso para que en sus fiestas y banquetes bebiesen en ellos sus grandes y sus mujeres y sus concubinas. Dice el Capítulo V de las profecías de Daniel, lo siguiente: “Bebieron su vino y celebraban a sus dioses de oro, de plata, de bronce, de hierro, de madera y de piedra”.

Pero he aquí que como al conjuro de la ira de Dios, habiendo comido, y bebido hasta las heces de los vasos de oro y plata, robados del Templo de Jerusalén, vió de pronto Baltasar, cómo una mano de hombre escribía sobre la pared, frente a un candelabro, palabras



de poco entendimiento para él. Rodeado de sus deidades, con toda su séquito de cortesanos, embebido de deleite y de lujuria, palideció de pronto, y su corazón se estremecía ante aquella mano de hombre, cuya extremidad se reducía en el movimiento de los dedos, que alcanzó a escribir sobre la pared las siguientes palabras caldeas: "Mane, Thecel Farés", que significa: "Contó, Pesó y Dividió".

Con el rostro demudado ya, alteradas las facciones y entrecortado el aliento, el Rey Baltasar recibía de manos de la Muerte disfrazada de huésped el vaso de oro llenado hasta el borde, y que al ofrecerle la bebida lo hace diciendo:

*"Y está su licor compuesto
De néctar y de cicuta,
De triaca y de veneno
Aquí está ya la bebida".*

Baltasar la bebe despacio y alcanza a brindar aún de esta manera:

*"Glorias de mi imperio,
En este vaso del Dios
De Israel brindo a los nuestros.
Moloc, Dios de los Asirios
¡Viva!*

Pero ya desfallece, el veneno va surtiendo sus efectos, y desfigurado y tembloroso, con una desgarrada voz de pánico y de amargo presentimiento exclama:

*“No véis ¡ay de mí! No véis
Que rasgando, que rompiendo
El aire trémulo, sobre
Mi cabeza está pendiendo”.*

Y luego debió haber sido su voz como el rugido de las fieras, como un grito de pavor, como un estertor prolongado de la muerte, cuando aún llega a exclamar:

*“¿Quién vió, quien rayo compuesto
De arterias. No sé, no sé
Lo que escribe con el dedo;
Porque en habiendo dejado
Tres breves rasgos impresos.
Otra vez sube la mano
A juntarse con el cuerpo.
Perdido tengo el color,
Erizado está el cabello,
El corazón palpitando
Y desmayado el aliento.
Ni los alcanzo, ni entiendo,
Porque hoy es Babel de letras.
Lo que de lenguas a un tiempo.*

“Mane, Thecel, Pharés”: “Contó, Pesó,

Dividió" van danzando ante su vista como espadas que bajaran del cielo, y en cada una de cuyas puntas, estuviese pendiendo ya una mano para mostrarle sus pecados, ya una balanza para pesar su vida disoluta, ya la misma espada en forma de lanza, para aniquilar de una vez la vida que Dios le ha dado, y que tan traicioneramente la había vivido.

¿"Qué alcanza, tú, Pensamiento?" atina a preguntar el rey, y el Pensamiento, que en este caso es el suyo propio, el loco y falaz pensamiento de Baltasar, como que no atinó nada plausible, ni valedero en vida, le responde:

*"A buen sabio le preguntas,
Yo soy loco, nada entiendo."*

Entonces una vez más recuerda Baltasar la presencia de Daniel y al evocarlo dice:

*"Daniel, un hebreo que ha sido
Quien interpretó los sueños
Del árbol, y de la estatua
Lo dirá."*

Como al conjuro de su voz sale Daniel, y he aquí como en un pasaje precioso, lleno de vigor y de belleza poética, Calderón de la Barca interpreta la Sagrada Escritura, cuando por su boca habla Daniel:

*"Pues oíd atentos:
Mane, dice que ya Dios
Ha numerado tu reino:
Thecel, y que en él cumpliste
El número, y que en el peso
No cabe una culpa más:
Fares, que será tu reino
Asolado y poseído
De los persas y los Medos;
Así la mano de Dios
Tu sentencia con el dedo
Escribió, y esta justicia
La remita por derecho
Al brazo seglar, que Dios
Lo hace de tí, porque has hecho
Profanidad a los vasos,
Con baldón y con desprecio;
Porque ningún mortal use
Mal de los vasos del templo,*

Baltasar comprende que sus últimos días habían llegado, pero interroga aún con la mirada a la misma Muerte, a la Vanidad y a la Idolatría; insta aún al Pensamiento, pero todos lo rechazan.

El veneno que hubo bebido, no había aún hecho todos sus estragos, y así saca una espada y pretende abrazarse a la Muerte para luchar con ella, pero esta le da muerte exclamando:

"¡Muere ingrato!"

“Ay, que me muero!” grita Baltasar, retorciéndose en su último estertor; “El veneno no bastaba que bebí?”

Y la Muerte le responde:

*“No, que el veneno
La muerte ha sido del alma,
Y esta es la muerte del cuerpo.*

Este Auto Sacramental bien puede llamarse el poema religioso en donde se debaten como en pocas obras de Calderón de la Barca, el espíritu maligno y diabólico con la voluntad suprema de Dios; las fuerzas brutas y pecaminosas del hombre frente a sus serenas y puras intenciones; ;y la caída fatal de la vida en brazos de la muerte, que ya no le permite reconfortación alguna.

En las últimas estrofas de este poema, se ponen de manifiesto las profecías de Daniel, el Profeta-Apóstol, señalado por Dios para vaticinar el Reino de Cristo, y para dejar constancia del número de años y meses y semanas de la venida del Mesías de Israel.

En efecto Daniel transfigura, en un instante, aquel lugar del placer y de la codicia, en un recinto sagrado, y lo reintegra a sus profecías, transformado en una mesa con pan y vino.

Una mesa con pié de altar, y en medio
un cáliz y una hostia y dos velas a los lados:

*"Y si esto,
No lo descubre, descubra
En profecía este tiempo,
Esta mesa transformada
En pan y en vino, estupendo
Milagro de Dios, en quien
Cifró el mayor Sacramento.*

Dentro de poco tiempo se celebrará en nuestra querida Buenos Aires el 32 Congreso Eucarístico Internacional. Pasará por la gran ciudad de Sud-América el soplo de la gloria de Dios, y sus cimientos se habrán de conmover desde los tiempos de su fundación, cuando tan categóricamente confundíase en la conquista de la tierra, en donde plantaron como un árbol del cielo, la Cruz, primer pendón de la patria, la conquista espiritual de las almas. San Martín de Tours, patrono de Buenos Aires, ofrecerá el sitio mayor a Nuestra Señora de Luján, toda blanca en su túnica de nubes y de astros, toda celeste por el reflejo que ponen los cielos azules en los repliegues de nuestra bandera.

Ella verá pasar, en su advocación argentina, a su divino Hijo en el Sagrario de la Custodia, ansioso de darse a todas las almas.

EL POETA JUNTO AL MAR

Yo he pensado que en Mar del Plata, ciudad indolentemente reclinada sobre el Océano Atlántico, americano en estas costas, prolongación y hasta sendero hacia las opuestas orillas europeas, que hace perdurar en sus cuencas sonoras y alertas a la vez, el tumulto de sus olas bravías, o la música de sus ondas cadenciosas, sería el sitio adecuado para explayarme acerca de un tema análogo, auténticamente vivido, genuinamente alcanzado.

El imperio de las olas debe de hacer resonar en el corazón del poeta, una inspiración primaria é integral, en el sentido de la palabra y del tema.

La ola bien merece un océano de sensaciones fuertes o cadenciosas, que hagan volcar sobre su sábana, ya plateada de luz lunar, ya de color cobrizo, envuelta en tormentas tempestuosas, un haz de versos, nacidos al compás de aquella cadencia o de esta tempestad.

Por ello he intitulado mi disertación:

“El poeta junto al mar” que equivaldría en esencia a: “El Cielo, el Hombre y la Ola”, título que he de dar a un conjunto de poemas acerca del mar, que fueron gestados con el sentimiento que contraí desde mi niñez frente al Mar Atlántico, hermano en el oleaje de nuestro Río de la Plata, que acaricia allá la cabeza cada vez más ancha de Buenos Aires: vale decir, lo que el influjo de la ola ejerce sobre la vida del hombre, lo que la visión de su espectáculo y la poderosa atracción de su miraje, influyen sobre las expansiones inevitables de su cuerpo y de su espíritu.

Y llegamos al propósito de nuestro tema:

El mar ha ejercido siempre sobre nosotros un poderoso influjo. La inmensidad de su infinito, la vastedad de su circunferencia, lo inconmensurable de su abismo, convergen a mantener alerta la emoción del hombre.

¿Quién no se ha sentido embargado por el espejismo que despiertan los viajes en la lontananza de su líquida planicie? Ese imán subyugante que mantiene en tensión nuestra curiosidad y nuestra sed de nuevos horizontes, tan fuertes como para hacernos olvidar del peligro inminente, que muchas veces abre sobre el azar de nuestra vida y de nuestros destinos, la profundidad del océano.

En una palabra la presencia del mar o de los ríos, fija para siempre en nuestra existencia una de esas poderosas atracciones, que sólo se conciben, al remontarnos a la Creación del mundo, cuando Dios en el principio, separó el mar de la tierra del océano de los cielos. Porque Dios entonces vertió en el incontenible vaso de su abismo, toda la furia y la tempestad de la vida, y también toda su ansiedad y toda su lucha

Y yo creo que desde entonces, el bramido de su oleaje posee el mismo empuje y la misma fuerza, como en los principios de su existencia.

El mar es un imperio gobernado por la mano de Dios, que dirige su tumultuoso oleaje o la armonía de sus olas cadenciosas, como El tan sólo sabe hacerlo. ¡Porque Dios toca al mar con su diestra!

Se puede desde luego contemplar al mar en su conjunto, así como acabamos de referirnos, y se puede también, y sobre todo por el tema que trato, dividir en tres fases la presencia de su espectáculo.

En primer término el mar frente a la naturaleza, y a sus elementos; después de habernos enfrentado a él, es decir a su bravura o a la fluidez de sus olas: lucha o gozo de sus entrañas.

En segundo término, podríamos definir la presencia del ser humano frente a la atracción de su miraje, cuando el hombre y la mujer son atraídos misteriosamente por el murmullo de sus olas.

En tercer término podríamos referirnos a la ola frente a la civilización, corriendo a lo largo de las riberas floridas de un pueblo, o estacionado ante el movimiento de un puerto, como medio de transporte, como vía de circulación, como ruta de unión de una orilla con la otra, de un continente con otro continente.

I

El mar frente a los elementos de la naturaleza recibe de ella la multiformeidad de sus innumerables facetas; y ya es tocado por la roca, reflejado por el sol; evaporado por la niebla; iluminado por la luz; sacudido por el viento, la escarcha y la nieve; estremecido o resguardado por la montaña. La variedad de esos elementos imprimieron su esencia al mar, o se transformaron a su contacto invariablemente.

De esta manera el mar limpio, nuevo, como recién nacido, vibra con la luz, se dora a los rayos del sol, o se metamorfoiza con la niebla, y es boca de escarcha y de nieve, o mar azul y transparente.

II

Hemos subrayado anteriormente que el hombre es atraído misteriosamente por las voces secretas del mar.

Recordemos tan sólo la leyenda de Heine "Loreley", en donde un humildísimo pescador ve emerger de las aguas del Rhin a una sirena de tan subyugante belleza y poderío de amor, que puebla al instante su fantasía y su corazón de una cálida e irresistible seducción, y ejerce sobre él una atracción de amor y de misterio.

A las orillas del Rhin, el botero olvidado ya del oleaje, en cuyas aguas flota su embarcación, que lo circunda y lo cubre cada vez más, para tomarlo y hundirle irremisiblemente en sus olas.

La atracción de ese miraje fué más intensa que la realidad y el peligro constantes que ofrece la ola, y la fatalidad, signo de ese influjo misterioso del que hablamos, lo ha envuelto en su manto de amor y de muerte.

Porque es cerca del mar cadencioso o turbulento, en cuyas aguas se refleja la criatura humana, su sed y su angustia, su esperanza y su amor, donde comienza el incontenible anhelo de descifrar el misterio de la vida, de donde nace al misterio del más allá.

El mar todo lo canta, todo lo atrae, todo lo significa. El es a veces la canción temblorosa del amor; y es otras veces el hosco y negro interrogante de la duda. El es también el sollozo de nuestra desolación ante el enigma que va fraguando el destino del hombre en su incesante: ¿por qué? de las cosas y de los seres.

El mar es dulce y maternal, cuando sostiene y hace glisar entre sus brazos los cuerpos a medio sumergidos de los hombres que se arriesgan sobre la superficie de sus aguas. Y él es por sobre todo, sobre los delirios y los sollozos, a través de los filtros y los brebajes, en el gran secreto de sus misteriosas olas, que encierran su resignación o su rebeldía, el fiel espejo integral y viviente de las bóvedas infinitas de los cielos, como una oración devuelta a Dios.

¿No habéis percibido vosotros, que amáis y que adoráis el objeto amado en vosotros mismos; vosotros que deliráis con el tormento de la pasión, cómo la tempestad se os desborda en los labios, en los ojos, en la palabra y el gesto?

Porque todos nosotros somos inexorablemente atraídos por esa piedra de toque, que pone en movimiento el cuadrante inquieto y ansioso de nuestro corazón. Ese corazón alocado, si quisiéramos así definirlo, ese co-

razón no conoce más que un sólo puerto:
el amor.

El alma, espacio y luz, se esconde a veces en los repliegues del cuerpo que la contiene, y de esa manera el corazón se deja seducir, arrastrar, llevar en una palabra por un mar inmenso, fantástico y fascinante, y se hunde en él misteriosamente, dolorosamente.

Porque las olas con sus voces de sirena le hicieron un llamado acariciante, misterioso, imposible de desechar.

El corazón, nuestro débil corazón, se va a bogar por sobre su sinuosa superficie, dorada como las mieles de raros panales, hecho por su ambrosía para los labios tersos, como la fluidez aterciopelada de ciertas olas, y gozosos como el suavísimo chapoteo de la onda, que nace de otra onda, de ese mismo amoroso connubio.

Y entonces la voz persistente del amor es cada vez más fuerte y más misteriosa. Hemos visto como se puede comparar el lirismo cálido y hondo del corazón, con su nexo poderoso, y con los mil aspectos del mar, que así, de esa manera, nos retrata fielmente, en la integridad de los humanos sentimientos.

El amor apacible y dulce, el dolor hosco y fatal, la duda del ¿por qué? incesante de las cosas, hace salvar o naufragar el corazón.

según los estados o los aspectos a que nos hemos referido.

El hombre frente al cielo, junto a la ola, es el testigo más fiel de su reflejo y de su influjo, ya que, como hemos visto, tiene algo de abismo frenético y voraz, y algo de su purísimo espejo celestial.

III

Hombre y mar ya se han enfrentado; aquél se ha acercado a éste, y consiguió conquistar su ola múltiple. El hombre se ha internado en sus aguas, y ha gozado del vaso amargo o dulce, cuyo brebaje Dios le ha ofrecido con tanta prodigalidad y tanta sabiduría. La ola entonces ha podido ella también, sentir la cercanía del hombre para el cual ha sido creada, y decide así acercarse a su civilización, junto a un puerto, o cerca de una ciudad o de un pueblo.

El oleaje recibe entonces la confianza de los botes, de las lanchas y de los buques. El puerto no puede tener más secretos para él, y es de esta manera, que la ola bañando los muelles sinuosos de los puertos, o junto a las costas tranquilas, a cuyas orillas corre, que desliza su existencia.

Los buques hienden la castidad de las olas, y grávidas éstas sostienen la fuerza ne-

ta y cabal de los hombres y del peso de sus destinos.

El mar se transforma en una bestia fiel que lame las heridas de sus flancos, constantemente batidos y revueltos, con sus anchas bocas agrietadas de sal, o transparentes de cielo.

Pero Dios que está presente en todos nuestros actos y en todos nuestros pensamientos, y toca con su diestra a los hombres de buena voluntad, no se olvida de la pura fuerza del mar, y castiga a veces al hombre por su necia soberbia y sus ímpetus de dominación.

Y entonces toma los frutos y la mieses, que hizo frustificar en la tierra para él, y los confía a las profundidades del agua.

Esto hace Dios a veces junto a los turbulentos puertos, donde todas las lenguas se confunden en una babélica ciudad de disolución y de olvido, de las verdades inherentes de la vida, y de las fuerzas sobrenaturales del cielo.

Pero de nuevo la ola se acerca a la pureza y tranquilidad de un pueblito, que duerme olvidado en la ingenuidad de su sueño de niño, y es puro, y es tranquilo, y es bueno.

Las olas al acariciar sus orillas se vuelven

brazos de madre, que las acuna como a un niño, y las mece con acentos de eterna sabiduría.

Porque los pueblos aún incontaminados de la falsa civilización de las ciudades turbulentas, serán siempre la línea divisorial entre la naturaleza y la fastuosa ciudad.

Bajo esa faz, el mar, subyugado por su propio empuje, abandona un día la dura roca y el sabio infinito. Y corre a encuadrarse junto a los muelles y acantilados de los puertos y de las costas, para volverse compañero del hombre, y palpitar con sus inquietudes y con sus hazañas continuas:

Este es el tema que he deseado abordar frente al Océano Atlántico, que baña en esta parte del Continente nuestra querida tierra. Junto a él se ha levantado esta ciudad marítima y veraniega, desbordante de vida y de belleza. Desde el puerto, nueva red y sabio engranaje de buques y de mercancías, pasando por el Cabo Corrientes, en cuyos acantilados bate el mar su furia y su alegría, que con el alba adquiere blancos celajes en sus túnicas de espuma y de fragor, y por la noche se enciende con las luces, que reverberan en focos luminosos la Rambla Central.

Mas allá se levanta la loma señorial y vasta, que al contemplarla desde cualquier pun-

to de la ciudad, semeja una acuarela ensoñada en el cerebro de un pintor generoso y muy artista, que le inspirara su fantasía ideal. Con su topografía en la elevación de sus arterias y de sus caminos; en las líneas admirables de su arquitectura, y en la exuberancia de sus jardines en flor.

Y luego la Rambla, colmena ávida y sedienta, conglomerada de gente y de voces, de luces y de movimiento, está continuamente agilizada por la acrobacia metódica y continúa de su vaivén.

Y los hombres, las mujeres y los niños, que son expansiones de esa vida frenética o armoniosa viven anhelantes de la despreocupación de aquella lucha y de aquel tumulto, que Buenos Aires o todo centro vital ejerce tan prematuramente sobre nosotros.

Y al fin desde el Puerto hasta la Perla y el Parque Camet, el otro extremo de esta ciudad, en cuyos diferentes puntos, las Iglesias, y las Capillas llaman a la oración y al recogimiento del alma en Dios, el mar, el mar bravío, el mar gris, el mar solemne, el mar de ondas suaves y cadenciosas.

El mar siempre más cerca de nosotros; hundiéndose allá al infinito en las bóvedas azules o grises, o cuajadas de estrellas; y fingiendo un arco inmenso, potente o pacífi-

co, desde el océano de la tierra hasta el mar de los Cielos: ¡esto es Mar del Plata!

Y nosotros, hombres, mujeres y niños, nosotros a su nivel, con los pasos ágiles o indiferentes, nerviosos o pausados, caminamos sobre la arena esponjada o sobre la tierra firme, mientras allá abajo el mar refleja en su insondable abismo, la primera morada de los cielos, que para encauzar dentro de sus espejos, las siete moradas celestiales, tendríamos que contar con tantos otros mares, que superpuestos sobre mesetas inalcanzables o apocalípticas, nos darían, de esta manera, un lejano miraje de las profundidades sobrenaturales del más allá y de Dios.

¡Y vosotros que me escucháis detened el curso de vuestros pensamientos por unos instantes, y con un movimiento introspectivo, acordaos del Cielo, que extiende sus bóvedas infinitas sobre nosotros. El Cielo nos cubre en la totalidad de sus juegos, tonalidades, y aspectos: ya quebrados sobre su misma luz, por la intercesión de sus luminarias; ya sereno y azul, como vastos espejos de serenidad; ya fingiendo mares de luces rosados, violáceos, grisáceos. En sus planicies cabalgan los vientos enjaezados, como un tropel de caballos alados, cuyos flancos



están adheridos a su vuelo, como el oleaje va ceñido al mar, o como las alas de los ángeles están sujetas a sus espíritus en gracia.

Y luego miremos los firmamentos tachonados de estrellas, ardientes, iluminados de voces, o señeros de índices, como lenguas de fuego, como llamaradas ígneas, por boca de los profetas, a través de los mandamientos de Dios.

Y luego imaginemos los ejércitos celestiales, que cabalgan en sus planicies, que invaden los dinteles del Cielo, con fulguraciones de soles, de lunas y de astros, y que cantan en sus trompetas celestiales, la palabra de Dios Padre, de Dios Hijo, y de Dios Espíritu Santo.

“El Poeta junto al Mar” ha hecho desfilar ante vosotros el Cielo, el Hombre y la Ola, en la posible y humana capacidad de su corazón que canta, y de su alma que reza por las cosas visibles y por las cosas invisibles.

LOS MONASTERIOS, ALCAZARES DE LA CIENCIAS Y DE LAS ARTES

Para hablar, en el Monasterio de San Benito, este relicario de paz y de santidad, que está incrustado en un ala florida de la ciudad tumultuosa, acerca de la eclosión de las artes y de las ciencias en los primeros siglos de la era cristiana, hubiera sido necesario haberse dado a una investigación lenta y provechosa. ¡Qué hermosa perspectiva habría proyectado un estudio hecho en la misma soledad propicia al silencio y a la meditación de un claustro, para describir con toda erudición los monasterios medioevales de Europa, y en donde florecieron los primeros brotes de la más hermosa aventura del hombre en el mundo: el arte, que es tan inseparable de la religión como de la ciencia.

Y es, en consecuencia, menester, ir al encuentro de su eclosión, en el fervoroso y santo hogar de la orden monástica benedictina, y también domínica, en donde la ascética y

la mística, juegan el papel de dos alas tutelares, ya sea para dar sombra o protección a esas actividades humanas, que a través de lo natural, se elevan a lo sobrenatural, y dieron forma y expresión a las ciencias y a las artes.

Laeti bibamus sobriam
Ebrietatem spíritus.

Este era el saludo que al comienzo de cada día hacían los monjes, para recordarse continuamente, que debían de cumplir con la regla y el trabajo, con una suerte de sobria embriaguez y de entusiasta moderación. Le-ma bajo cuya égida, se manifestaron las actividades naturales, que tienen sus orígenes en el espíritu de la Santa Regla, la más sabia y la más discreta de todas, según San Gregorio Magno.

Se ha querido siempre echar un velo, aislar con una pesada y negra cortina, el verdadero movimiento científico y artístico de la Edad Media, grandioso y magnífico como ninguno, y acerca de la obra propulsora, que en este sentido, ejercieron los monjes desde sus monasterios, y dieron creación al arte y a la ciencia, desde el misterio de la gracia y de la luz.

Se quiere aún ocultar o negar la obra in-

superada y civilizadora, sobre todo de disciplina y de inspiración, de fervor y de trabajo, que el Monacato desarrolló desde los primeros siglos del Cristianismo, aurora de la civilización europea, y base y conjunción de siglos venideros.

Una galería de figuras superiores tenaces é inspiradas, van a desfilan ante nosotros, de santos y de maestros; galería que se ilumina con las luces supremas de la inteligencia y del talento. Esa obra de civilización comenzó desde el primer movimiento del hombre en la era cristiana, que parte siempre de la tierra, como impulso natural de la faena y del fruto, y que fueron las primeras fuentes agrícolas, para extenderse o elevarse hasta las célebres teorías de escuelas y centros de arte y de ciencia, en todos sus órdenes y en todas sus manifestaciones.

Y desde la cima de los siglos, en que nos encontramos, vamos a dar una idea retrospectiva, sintética esta vez, para captar tan sólo las luminarias perennes é inmortales, que las Abadías de entonces, nos reflejan o nos hacen recordar.

La oración y el trabajo han estado siempre en buena compañía. El Espíritu Santo desciende en el alma de la criatura que reza, y le presta la vida de la gracia, en el esfuerzo y en el estudio.

Y sabemos que como propietarios, los monasterios fueron en la época más difícil de los factores económicos, a causa de la distancia que ofrecían las tierras y las propiedades, y por el obstáculo que señalaba la explotación directa, una administración y una vigilancia central.

Operaciones financieras de crédito y de préstamo tuvo su razón social en los monasterios, que con la renta de los dominios y de las tierras labradas, facilitaban la producción, y contribuían así, al mejoramiento de los bienes de grandes y pequeñas comunidades.

En medio de esa plenitud, que reservara el papel económico a los monasterios, se forjaron sus instituciones duraderas, como obra social de perfil y de potencia cristianas, y base fervorosa de la caridad. San Benito Padre fundador de su orden, vió continuamente en el pobre la imagen corpórea de Cristo, y en esa prerrogativa, la acción del bien y de la piedad, comenzó también a partir de la comunidad de los Monasterios, como una obra social, que venía del fruto y del interés de sus actividades económicas.

Y en medio de ese bienestar, en la paz y la armonía infinita, los monasterios, en medio del trabajo, consecuencia inmediata de la oración, del beneficio y la riqueza, aportaron su acción social y económica y contri-

buyeron a hacer florecer las otras actividades intelectivas y artísticas.

Y en medio también de las severas reglas y del Santo Oficio, las lecturas de las Santas Escrituras, la literatura hagiográfica de ese tiempo y las obras históricas puestas en contacto con la literatura antigua para la educación de los alumnos, debieron bien pronto acelerar el culto y el amor a la belleza y a la ciencia, como un homenaje rendido al Creador, a través de la vida.

El arte en general recibió un gran impulso, y todo lo que fué destruído por la horrida de los bárbaros, empezó a florecer de nuevo.

La cultura literaria comienza a tener en esa época un papel preponderante, bajo tres aspectos: la conservación y la multiplicación de los manuscritos, la enseñanza y la producción literaria.

Los sacudimientos políticos en el 7º y 8º siglo sumergieron a Galia y a Italia en la más negra noche. Sólo una nación conservó entonces el amor vivo a las letras y a las artes. Fué Irlanda, en cuyo seno la cultura romana fué dada a conocer por misioneros romanos llegados a aquel país.

Pero bien pronto el amor propio nacional despertó en las conciencias una reacción

para toda cultura extranjera, introducida en especial de Roma por Teodoro de Tarso y Adriano. Y entonces aparece en escena Aldhelm de Malmesbury, quien en la abadía que tomó luego su mismo nombre, atrajo hacia ella la admiración y el respeto del pueblo irlandés, a quien inició en la cultura, para hacer de él, arrancándolo de la barbarie, el primer pueblo de la Cristiandad.

Su estilo un tanto tortuoso y pedante, imita aquel estilo de la decadencia romana, pero contribuye de modo inigualable al florecimiento del pensamiento humano en la poesía, la palabra, y la contracción al estudio. Así se considera a Aldhelm de Malmesbury como uno de los primeros precursores de los grandes patriotas ingleses del siglo XX.

Se cuenta, que habiéndose dirigido este monje a Cantorbery para ser ordenado, supo que unos navíos habían anclado en Douvres. Entre las mercancías hay libros y objetos de arte. Un volumen entre todos lo tienta: es la Biblia. Después de muchas contrariedades para conseguir esta obra, salva el navío de una tempestad, y recibe en premio el libro sagrado.

Vemos pues con qué fervor y con qué celo los monjes comienzan a labrar la primera choza civilizadora de la Edad Media,

y como después del centro de vida intelectual que el monje nombrado fundara en Malmesbury, se multiplica ese afán y ese celo en nuevos hijos de los monasterios, santos y artistas al mismo tiempo.

Benito Biscop es otro monje, infatigable peregrino de Roma, que desde la ciudad eterna no se cansaba de aportar y de enriquecer a Irlanda con libros y tesoros de arte.

El Obispo de Wearmouth y de Jarrow tuvo el mismo entusiasmo para la obra regeneradora, cuando aparece el maestro Beda, que marca una época de apogeo en la cultura intelectual, siendo el maestro rodeado de millares de discípulos, de sabios y de enciclopedistas.

Beda se sobrevive a su vez en Alcuino, el monje de York, alto personaje, por quien todo el continente occidental se pone en contacto con la cultura inglesa.

Y cuando Carlo Magno restaura la Iglesia de Galia y comienza a reorganizar el ejercicio de la cultura de ese país, creyó siempre que la ciencia era un deber y un bien, y que era tan necesario al desenvolvimiento de una nación, como la misma riqueza de bienes que contribuye al bienestar y a la paz de una sociedad.

En ese tiempo todo estaba por crear en Galia, las ciencias estaban muertas, las artes

ignoradas. Hubo ciertos centros de cultura en Tours, Saint-Wandrille, Gorze, Saint Gall, Fulda, etc., ciudades que después elevarían, ellas también, el cetro de nuevas civilizaciones, aún no definidas en esos momentos.

Carlo Magno hace un llamado al extranjero y el naciente genio de Alcuíno, venido de Irlanda con algunos de sus discípulos se une a la obra del Emperador, en la Corte del Rey de los Francos. Alcuíno fué sobre todo escritor y pedagogo; dirigió la instrucción pública en Irlanda é imbuido de la cultura de las escuelas de York, discípulo de Beda, debió salvar esa herencia intelectual del pasado y transmitirla a sus sucesores. Y sobre todo tuvo el deber de inculcar la ciencia eclesiástica, que estaba en juego, cultivada por los irlandeses, conocedores amplios de las producciones literarias antiguas y paganas, sin que esos conocimientos debilitasen en nada su fe y la pureza de costumbres.

Fué entonces por iniciativa de los monjes que el arte romano se propagó en el suelo de la antigua Galia, ya que nació del culto de las reliquias, manera de acercarlo al peregrino para su veneración.

El movimiento intelectual comienza a expandirse desde la escuela del Palacio, en donde el Emperador hizo el centro de ese movi-

miento, hacia todos los ámbitos del reinado, para difundirlo en centenares de escuelas diseminadas en iglesias y monasterios.

En el siglo IX la evolución es tan marcada, que su cultura y sus luces se expanden de la Galia de Carlo Magno a ciudades numerosas de Alemania, como Metz, Reichenau, Corbie de Sajonia y Fulda.

Comienza a ser Fulda, la ciudad y el puerto que en Alemania atrajera hacia ella todas las miradas y todas las inteligencias. Es allá, donde se crearon al par que los monasterios, las escuelas, y es allá, donde se encontraron, reunidos, los más privilegiados espíritus de aquel tiempo, como Einhard y Eigil, Servais, Loup de Ferrières, Hayman d'Halberstadt, Ottfried de Wissenbourg y otros.

Uno de los más considerados y famosos profesores de teología y exégesis medioeval, cuyo afán era sobre todo el de infundir en las escuelas, en que enseñaba y dirigía, el amor a las letras que heredara de Alcuino, fué sin duda alguna *Rabán Mauro*.

Como pocos de su tiempo fué un personaje influyente y preponderante entre los precursores de las artes en la Edad Media.

El agrupó alrededor suyo a los personajes influyentes de su tiempo, y si los efectos de estas causas primordiales de cultura y de

arte no fueron del todo decisivos para el desenvolvimiento de las expresiones artísticas y científicas de los pueblos, en armonía con el sentimiento sobrenatural y espiritual de la Iglesia, no podemos culpar del todo a Rabán, ya que no hubo entonces corolario alguno entre la existencia de la escuela sostenida y dirigida por él, y la presencia de un escritor, que pudiese justificar el resultado de esa conciencia artística.

El fin del siglo IX marca una relache en el movimiento, que hemos tratado de exponer, aunque sea en forma suscita. La producción literaria disminuye, pero la restauración de la vida monástica en el siglo X y en la primera mitad del siglo XI, produce también un renacimiento de inmediato. Y es así como en Bélgica, principalmente en Liége, y por otra parte en Baviera, donde misioneros y obispos por excelencia contribuyen a levantar el ambiente monacal, ya diseminado en muchas ciudades de Hungría, Alemania, Bohemia y Moravia.

Vemos pues la influencia y la parte activa que tuvieron los Monasterios de la Edad Media en el movimiento literario de esa época, trátase de teología, de exégesis histórica, de poesía y de matemáticas.

La historiografía fué un tema tratado ex-

clusivamente en sus centros, en donde se perpetúa durante siglos, tanto en Alemania como en Italia y Francia.

La misma poesía, los dramas litúrgicos, las comedias, y la música, surgieron de los monasterios, y dieron nacimiento a un número incalculable de composiciones poéticas y melódicas.

Notker escribió en Saint Gall un comentario de salmos y Kerón tradujo la Regla de San Benito. En Fulda se tradujeron los Evangelios, y el poeta Ottfried compuso su poema de la Vida de Cristo.

Para darnos una idea de esos siglos de fe y de amor al arte, no basta tan sólo la historia literaria y la psicología de ese movimiento noble é inspirado, es necesario sobre todo abarcar el ambiente donde vivieron esos artistas y conocer a fondo las fuentes en que bebió su inspiración.

La inteligencia y la alta probidad de la Regla benedictina dice un autor que relata esos tiempos, la noción clara del ciclo litúrgico, que con su simbolismo, la belleza estética de las ceremonias, la variedad de las melodías, y la multiplicidad de los libros, he aquí un complejo superior de medios afines, con los cuales el cenobista medioeval. ha podido sacar provecho y ensanchar, de ese modo, su horizonte intelectual.

La misma bibliografía se multiplica, los

libros se introducen, y el tesoro literario de esos países se enriquece gradualmente.

Grandes bibliotecas existen en los palacios de Carlo Magno, y muchas ciudades alemanas y galas poseen innumerables colecciones de libros y de manuscritos y organizan sus bibliotecas.

La historia literaria de nuestros tiempos trata de escudriñar y de clasificar los precursores del arte medioeval, y junto con la historia, los libros y los manuscritos, son ya numerosos los bibliógrafos, que se disponen a hacer luz con una lentitud metódica, pero definitiva. La escuela fundada en Munich por Traube, los catálogos de Becker y de Gottlieb, que aunque no completados todavía, dan una idea, de como la seguridad de información y el conocimiento maravilloso de la historia literaria, tiende hoy a bucear en el movimiento precursor de las artes y las letras de la Edad Media, en donde vuelven a aparecer los nombres gloriosos de las viejas Abadías ya citadas en nuestra conversación.

Las otras manifestaciones del arte, así como la arquitectura, la escultura, la pintura, la miniatura y los vitraux florecieron también en los Monasterios, en que el arte bizantino influyó no poco en su concepción

y en su inspiración. Pero volvieron bien pronto a alejarse de sus sugerencias un tanto tumultuosas y casi lascivas, para refugiarse en la paz y en el fervor de la vida monacal, y buscar allí la inspiración de sus motivos.

Los santuarios vastos y sólidos, los primeros templos, las más importantes Iglesias fueron obra de los monjes.

Las más ilustres Abadías de Francia ostentan en sus magníficos edificios una línea arquitectónica que se inspira también en el arte romano, y que fué luego modificada notablemente en el siglo XII. Porque la abolición de los esclavos impuso, a su vez, una modificación marcada en la construcción de los grandes Monasterios, que se emancipan cada vez más de la tradición romana, para comenzar la gran escuela artística en el arte gótico.

La pintura nace de la técnica de la miniatura, y la orfebrería y la escultura se inspiran en las ornamentaciones convencionales y de tradición.

Mientras que la pintura se exterioriza en las decoraciones murales, que no son una simple ornamentación, sino la Biblia en los cuadros, y la vida de los santos en sus actos, la ornamentación traída de Irlanda se aplica a los libros y a los manuscritos.



El arte irlandés influye todavía sobre los artistas de casi todas las abadías de la Galla, cuando la influencia bizantina se hace ya presente, é inspira a más de un artista carlovingio.

Y es otra vez la ciudad de Fulda y otros centros alemanes, y es Reichenan bajo Gregorio V, y Saint Emmeran de Ratisbonne, donde florece un arte con afinidades romanas y anglosajonas, hasta llegar a la influencia total hispano meridional y árabe.

La escultura se manifiesta en el siglo XI con su arte monumental, sus columnas y sus puertas de bronce bajo la dirección de S. Bernardo, mientras que el estilo lineal romano de la primera mitad del siglo XII se encarna en la obra del benedictino Rogket d' Helmarshausen, quien a su vez difundió las características del arte anglo-sajón.

El arte germano también se hace sentir en los artistas lorenses, y Liége, Cluny y la Abadía de la Chaise Dieu, tratan cada una de guardar su independendencia é inspirarse en motivos nacionales.

En Italia, y principalmente en Roma, antes de ser restaurado Mont-Cassin y de erigirse los otros nuevos monasterios, se ha sentido de una manera definitiva el arte de Bysancio.

Hemos visto desfilar ante nosotros cente-

nares de monasterios, alcázares todos ellos de las artes y las ciencias, y en donde se han elaborado la primeras manifestaciones de la noble aventura de la belleza y de la razón. llenas de sugerencias propias o asimiladas en corrientes y escuelas ajenas.

Donde hay paz y seguridad allí florece siempre el arte. Un amor y un fervor vivos para aumentar el conocimiento, base de toda cultura y de todo bien, fueron los monasterios, dominios inmanentes de paz y de sugestión propicias, bajo sus arcadas llenas de cielo y de amor inmenso a Dios y a la criatura.

El arte romano, después de la caída del Imperio Romano, y sobre todo a partir de Carlo Magno, hasta el siglo XI, ha sido llamado el arte monástico, porque puesto bajo su tutela y su inspiración, floreció del espíritu y del corazón de las órdenes religiosas.

Y se evidencia a cada momento esa inspiración: los que conocen las iglesias de los siglos XI y XII, construídas y decoradas bajo la dirección y la acción de las órdenes religiosas, que esculpieron sus capitales, decoraron sus parroquias, los que fueron miniaturistas, orfebres y pintores de esa época grabada con letras de oro en la civilización cristiana.

Un escritor francés ha dicho al respecto: "La actividad refinada de donde nacen las artes, no es posible más que en una sociedad bien constituida; el mejor ambiente fué la del siglo XI, la de los monjes. Toda la civilización se había refugiado entonces en los grandes monasterios. Fué en los límites estrechos de los monacatos poblados y bien cercados, en que se concentraron esas actividades manuales é intelectuales necesarias a la existencia del arte".

La arquitectura, la escultura, la miniatura, los vitraux, la pintura son flores monásticas.

Al conservar el claustro los gérmenes de la cultura antigua recogió también después la de Bysancio, y pudo así resolver la obra civilizadora de la Edad Media, que en el tumulto de un mundo anárquico se hubiera extinguido.

Hemos recorrido, si no a vuelo de pájaro, a vuelo pluma, las diferentes etapas de la acción civilizadora de la Edad Media, desde los primeros siglos del Cristianismo hasta fines del siglo XI, y hemos palpado casi un florecimiento artístico marcado, hondo, fervoroso, y humanista a la vez, surgido del santo sentimiento y a la vez desinteresado del monje. Porque esa obra creció y se mul-

tiplicó bajo esa confesión de fe, que falta casi siempre a los ambientes mundanos, acelerados en la acción por el resultado, y en la creación por la fama.

Uno de los obreros humildes pero grandes de este arte, Rogker d'Helmarshausen, el iniciador del arte plástico en la Edad Media, que propagó luego los propósitos y los secretos de su arte, tuvo una divisa, que bien pudiera aplicarse, y señalar el móvil de todos los artistas monjes de aquel tiempo: "Que aquel que tenga el conocimiento del arte, no se glorifique por él mismo, porque el arte no es una conquista sino un don. Que el artista se felicite en Dios del que y para quien vienen todas las cosas, y sin quien no hay nada. Que el artista no se encierre en un silencio egoísta, sino que desechada toda jactancia, haga partícipe su arte con una graciosa sencillez a aquellos que la necesiten. Es porque, yo hombre débil, indigno y casi sin nombre, ofrezco gratuitamente a aquellos que con humildad deseen aprender y crear, lo que me ha sido conferido gratuitamente por la misericordia divina".

He aquí en estas pocas palabras dichas con un alto sentimiento de nobleza, la abnegación y la altura, el fervor y la fe, de donde ha surgido la obra civilizadora de las ciencias y las artes del monaquismo medioeval.

MOMENTO ACTUAL DE NUESTRA POESIA FEMENINA

Tan sólo movida por una culta espontaneidad que enhebra una comprensión y un aquilatamiento en el corolario de mi labor crítica, me dispongo a tratar este tema.

El movimiento de nuestra poesía femenina, enfocado así espontáneamente por una de sus cultoras, ofrece al público y a mis colegas en general, una manera de estrechar los vínculos intelectuales y de solidaridad personal.

Más de una vez me he dado el placer, de decir en artículos y notas bibliográficas mi sorpresa y mi aplauso ante el número cada vez más creciente de las mujeres dedicadas al cultivo de la poesía.

El sentimiento poético ha embargado en alto porcentaje de las mujeres pensantes. Porque la mujer argentina es lírica por excelencia.

Este lirismo la alcanza por el espíritu idea-

lista y aventurero de los que, por mil rutas y conductos, volcáronse en nuestro suelo.

Pero lo que ha sacudido nuestro vibrante corazón, fueron los anchos horizontes, la ardicia y las lumbres de sus fuegos indios, que como antorchas encendidas siempre arden en las hogueras del infinito e iluminan con intensas llamaradas el espíritu de esta nueva América.

Y estas mujeres que descienden en general de la avalancha humana, que aquí se asentara, por cuyas venas corre la sangre y la ardicia de esas generaciones, vivieron y viven con antelación en un próximo futuro en la esperanza de sus destinos. De ahí que rompieron a cantar; y las modulaciones de sus acentos, son ya una vasta sinfonia, que recién comienza a resonar, y que no se apagará por mucho tiempo.

La nota entonada que fluye de sus pechos, es pues un resultado ético y espiritual del ambiente, de las cosas y de los seres.

La mujer argentina es por consiguiente, dentro de la evolución que se opera en el ambiente, genuinamente lírica. Ella es creyente por atavismo, y de espíritu aventurero por ascendencia. La fe la mueve pues al ensueño; y la esperanza en un renovado destino, la induce a la acción. Una armonía indefinida mece su corazón en una adormide-

ra de su conciencia y de su sensibilidad. Nuestras mujeres sueñan, y llevan prendidas de sus bocas, en gesto de labios, la palabra que canta . . .

Nuestro país cuenta con un crecido número de poetisas. Sus acentos se alzan aquí, en la multiplicada Buenos Aires, desgarrada a veces por desiguales ideologías y ambiguos conceptos humanos, con una rica gama de colores, desde el rojo sangre, pasando por matices vagos, pálidos y tibios hasta las altas concordancias espirituales.

Desde 1913 en que apareciera, Delfina Bunge, que tradujera en versos en francés su delicado espíritu, hasta hoy en que cábeme escribir estas palabras de convencimiento hacia la actual poesía femenina, el número ha ido acrecentando, de tal manera, que cada día que pasa se nota un aquilatamiento en la forma y en el anhelo de su expresión.

Mi deseo es no hacer comparaciones. Sabemos que siempre se pierde, comparando. En la enumeración de los nombres que el público ya conoce o irá conociendo en lo sucesivo, están latentes algunos valores ya definidos, y los que por una ley natural de movimiento acelerarán o no su rotación.

Históricamente casi, desfilarán los nombres de las poetisas, como a través de un cuadro literario, en que se han respetado las fe-

chas, las escuelas, las jerarquías, las naturalezas distintas de su inspiración, y por ende el lugar de sus procedencias. (capital o provincias).

No hemos llegado aún a un punto de partida, en que se divisan ya arraigadas definitivamente las fuerzas brutas, y las fuerzas espirituales, como conductoras de la materia y del alma.

El espíritu flota aún en una nebulosa pulpa de la incertidumbre y del metafísico ¿por qué? La que hoy tiene el honor de señalar la línea espiritual impostergable en los pueblos civilizados; ya sea como expresión de arte, ya como efervescencia social y cívica, dióse a cantar la inquietud divina con sangre del espíritu.

Nuestra poesía femenina es hoy por hoy tan sólo el fruto de una franca espontaneidad.

Enumeremos por orden cronológico, según la aparición de las poetisas y de sus obras:

Alfonsina Storni, poetisa que diera a nuestro ambiente acentos apasionados, personales, nuevos a nuestros oídos y a nuestra sensibilidad.

Síguele inmediatamente *Margarita Abella Caprile*. De temperamento distinto; su libro "Nieve" publicado en 1919, marca una poe-

sía de suaves claridades de un cielo veteado de nieblas y de luces

Rosa García Costa, que se iniciara en 1917, cobra sin embargo la nitidez y la buena discreción, con sus libros que aparecen en el transcurso del año 20 hasta el 27. Esta poetisa alcanza a reflejar en sus poesías lo que desea expresar.

Susana Calandrelli, la poetisa de las leyendas y de las baladas, es poseedora de una firme cultura literaria, que nos hace esperar de ella los mejores versos. Además es una notable prosista.

Nydia Lamarque y *Alicia Domínguez* publican sus primeros libros en el año 25. Mientras que la Srta. Domínguez canta líricamente con un matiz oriental a ratos, clásica casi siempre; la Srta. Lamarque, traza desde su "Elegía del Gran Amor" hasta sus Cíclopes" una línea divisoria marcada, casi definitiva.

Mary Rega Molina, es una poetisa delicada, sensible a los goces filiales y familiares.

Hortensia Margarita Raffo, nos ha sorprendido ya con trabajos de un real valor literario.

Sara Montes de Oca, clásica en la forma y en el gesto, cuya gran cultura la señala como a una mujer de especial talento.

María Luisa Carnelli, escribe con el refi-

namiento de un persistente y doloroso signo.

Lola S. B. de Bourguet, vigorosa en los temas raciales que canta.

Angélica Fusselli vive en un desdoblamiento de vida espiritual, sus versos trascienden a un hondo misticismo religioso.

Isabel Figueiras, Josefina Crossa, Leonie Fournier, Mercedes Dantas Lacombe, Fryda Schultz Cazeneuve, Sofía Espíndola, Maruja Pacheco Huergo, Eloisa Ferraría Acosta, Blanca Amores, Marta Mezquita, Dora Aguirre, María Celina Neyra de Sola, son poetisas de una clara y discreta expresión íntima.

Como un engranaje perfecto en este movimiento y como una clara simetría en los planos de nuestra poesía femenina, se suceden así simultáneamente las poetisas que se agrupan ya sin orden cronológico pero sí de tendencias más o menos iguales:

María Enriqueta Betnaza, poetisa de una fina sensibilidad; en que el tono discreto y mesurado, no discrepa con su actitud literaria.

Margot Guezuraga, que en su último libro "Oro muerto" escribió bellas composiciones.

Laura Holmberg de Bracht de vida inte-

rior en sus versos, halla la expresión sencilla y buena para sus inquietudes en la vida.

Emilia Bertolé, es una poetisa de expresión delicada.

Clementina Azlor, pulcra y medida en sus expresiones poéticas.

Jaya Suárez Corvo, dió en sus libros la muestra de un temperamento claro de mujer, en que una fina sensibilidad, esta cuerda que nunca debiera agotarse, juega un papel principal en su vida y en sus versos.

Adela García Salaberry galana y apasionada; que juega con la ardicia de su sentimiento y con la casi siempre medida expresión de su verso.

Mercedes Saavedra Zelaya, cuya poesía personal, es de hondos matices íntimos.

Salvadora Medina Orrubia, espíritu de complejas sensibilidades, su inquietud cincela la aspiración de sus versos.

Chéri García Orrubia, fina, espiritual, sus versos son ágiles y sentimentales.

Eloísa Ferraría Acosta, autora de delicadas composiciones y *Blanca Alicia Casas* son poseedoras de un fino espíritu poético.

Como una seria antítesis a estas poetisas de la palabra clara y persistente en la invariabilidad de su esfuerzo y de su valor, nos encontramos frente a las cultoras de la nue-

va sensibilidad. De ritmo quebrado sobre él mismo, en el aceleramiento de la forma; en la libertad de la rima; y en la destrucción de su propia fuerza creadora; señalaremos a *Norah Lange*, que dentro del modernismo de sus giros y de sus metáforas; conserva una línea suave y femenina en sus versos.

Luego viene *Emilia Altomare de Pereyra*, de temperamento maduro, de fuerza en la expresión y en la imagen. Su poesía vanguardista la define dentro de su escuela como un firme valor poético.

Síguele *Wally Zemer*, honda en el concepto imaginativo de la palabra y del gesto nacido para la poesía vanguardista con buenos quilates de innovación.

Hebe Foussats, la poetisa que enmudeciera su canto por un tiempo, renueva hoy su acento con giros nuevos y adiestrados.

Dora Lima, que expresa con modulaciones elementales la fuerza primaria del sentimiento humano y por último, la recién llegada *María Rosa Gijena*, esbelta como un junco y fresca como una tinaja de barro

Poetisas del ritmo apasionado y del canto erótico, en tono menor, sin que hayan sido discípulas de ninguna de las poetisas amorosas de América son: *Maruja Vidal Fernández*, *Concepción Ríos* y *Haydée Ghio*.

Girando sobre las nombradas y alejándonos un tanto de la exaltación lírica de casi todas esas poetisas, nos hallamos frente a la poesía sencilla, fresca y buena; "la poesía infantil". Los versos que cantan la infancia y que cuenta por su difícil abordamiento, y por su trama complicada dentro de su sencillez, con contadas cultoras.

Penetrar el alma de los niños para acariiciar la visión ingenua de su entendimiento, en el candoroso miraje de sus agrandadas pupilas; el alma infantil tan fácil de distraer, y tan difícil de explicar y de traducir, es ya una tarea predestinada en la literatura, es decir, una vocación.

Julia Bustos, Aurora Suárez, Ida Réboli, Juan Martín, Blanca C. de Hume, María Rosario Cipriota, han dado a nuestras letras delicados versos dedicados a la infancia.

Algunas de estas poetisas nombradas, cultivan también la lírica en general.

Desde la apasionada Buenos Aires, en que hay un núcleo numeroso de mujeres que escriben y cuya mayoría han desfilado en el tema que trato, vamos a dirigir nuestra atención a las que en las lejanas provincias y territorios, alzaron la voz cristalina para cantar, exentas quizás de las inquietudes y del turbión de pasiones, que acometen en general a las mujeres de nuestra ciudad mayor.

Poseen pues las escritoras del interior una fuerza de equilibrio y de voluntad distinta a la nuestra.

He de resumir en esta breve conversación, y como un afectuoso saludo, y un cordial homenaje desde el ambiente cálido que aquí nos converge, a algunas de las escritoras, representativas de sus provincias y territorios.

Tucumán cuenta con varias buenas poetisas: entre ellas figuran en primer término: *Amalia Prebisch de Piossek*, nacida en Jujuy, reside sin embargo desde hace muchos años en Tucumán. Es considerada como la poetisa más representativa del Norte Argentino.

Teresa Ramos Carrión, *María Teresa de Rivas Jordán*, *Juana Isabel Delgado* y algunas otras más representatan a la provincia de Tucumán.

Salta cuenta con un armonioso conjunto de escritoras. Dos de ellas: *Sara Solá de Castellano* y *Ema Solá de Solá* son dos poetisas de un franco y generoso talento.

Elena Serrey, que es poseedora de un fino acento lírico, expresa en sus composiciones una música clara y de honda inspiración.

A ellas deben sumarse: *Elena Avellaneda*, cuya poesía regional posee un sabor genuinamente típico. *Clara Saravia Linares* es poseedora de un noble vuelo lírico. *María To-*

rres Frías ha escrito hermosos libros de poemas, que la acreditan como una de las firmes escritoras salteñas.

San Luis nos ofrece con *Berta Vidal de Battini*, una poetisa consagrada para cantar lo que su tierra le ha sugerido como espectáculo, y a describir en relatos sugerentes los mitos de esa región.

Santa Fé nos dió con *Mercedes Pujato Crespo* una de las primeras poetisas del país; hoy con *Paulina Simoniello*, poetisa de verdaderos méritos; *Alcira Bonnazola*, madura ya en su expresión; *María Alicia Rueda*, *María Esther Milesi* y otros valores en formación.

Ana María Garasino, fino y profundo temperamento poético, pertenece a Entre Ríos.

Córdoba, tiene en *María Rosa Quiroga* una fina poetisa, y cuenta también con *Lucrecia del Campillo*, *Elvira Herrera*, etc.

María Amalia Zamora es una poetisa catamarqueña y *Matilde Delpodio* es mendocina.

Carmen Villalba de Lentati y *María Alicia Zamudio* son poetisas que residen en el Chaco.

Y por ende la provincia de Buenos Aires cuenta con un numeroso grupo. Fuera de *Emilia Altomara de Pereyra* a quien ya seña-

lamos, están *Amalia Alcoba Martínez*, *Tilde Pérez Pieroni*, *María de Villarino*, *Lola Tapia*, *Enriqueta Argüello*, *Cándida Santamarina* y otras más.

A esta totalidad fragmentaria de poetisas residentes ellas en la Capital y en las provincias, cuyos temperamentos y cuya vocación son una ancha promesa de cultura y de espiritualidad, hemos de citar en renglón aparte a las autoras de poemas en prosa.

El poema en prosa puede transubstanciar como el poema en verso la belleza y la emoción de la poesía. No siendo secundada por la forma y el ritmo preestablecido del verso, que pule su contenido y embellece su expresión, alcanza el interés y llega a la emoción del lector, sencillamente, despaciosamente, con una fuerza pausada y generosa.

Hay en nuestro ambiente un grupo de cultoras de poemas en prosa.

Rosario Beltrán Núñez, escudriñadora del alma oriental ha escrito poemas de un hondo pensamiento filosófico, y de una clara exaltación lírica.

Margarita del Campo, logra darnos en su libro: "La Sombra del hijo", la sensación del dolor purificado hasta la resignación, y del amor hasta el arrobamiento.

Rosa Bazán de Cámara, la fina escritora, tiene en preparación un libro de poemas en prosa: poemas de amor, de ternura, de comprensión.

Adelia di Carlo, ha dado en "La Canción de la Aguja" lo mejor de su espíritu poético, que sustenta en el fondo de su alma esta mujer de lucha y de acción en sus ideales.

Martha Twain de Traba; delicada y elegante; sus poemas se leen con agrado.

Isabel Biedma Martel, abarca inquietudes filosóficas en sus poemas en prosa.

Sara Saenz Cavia, cuyos relatos poemáticos cantan el alma indígena con un lirismo y una imaginación admirables.

María E. Centrone ha publicado también varios libros de poemas en prosa.

Creo en la efervescencia de esta hora, en que nuestras mujeres vuelcan su sincera exaltación, la fantasía de su concepto imaginativo, y el hondo contenido de su ancho corazón en un vasto instrumento pulsado por su ansiedad y su esperanza.

No quiero decir con esto que la poesía cultivada por nuestros colegas, los poetas, tengan un valor aparte y no suscite el interés del público en grado mayor o menor; pero sí, quiero subrayar, que ese instrumento entonado por el corazón femenino, ofrece ya a su cada vez más crecido auditorio, vo-

ces hasta ahora no escuchadas, y acentos hasta hoy no oídos dentro de la eufonía del verso argentino.

El caso de nuestras poetisas, sin antecedentes en ningún otro pueblo, por la poliformeidad de sus voces, algunas potentes y de resonancia general, es un problema estético y ético a la vez, como lo señalara al principio, cuyo caso debería de ser estudiado con seriedad y acatado por nuestro público en general.

Mientras que la vieja Europa, fuerza motriz del pensamiento y de la ciencia, se debate en esta hora en un caos de problemas y de inquietudes; y en tanto que estos problemas e inquietudes se reflejan en gran parte en la conciencia y en la vida de los pueblos americanos, la mujer, resolvedora del humano destino en su forma más inesperada, más sorprendente, avanza cantando por los caminos de América, vírgenes los sentimientos, cargados los corazones de esperanza y de ensueño: apasionadas, buenas, sencillas o serenas, sus inquietudes se reflejan en las hondas pupilas y en el ritmo acelerado de sus pechos, que rompen a cada instante a cantar.

¿Acaso no es preferible cantar, que sollozar, aunque las voces que brotan de sus corazones inflamadas por un dardo exquisito, se maticen con la sal y la hiel; el dolor y la



esperanza, con que se alimenta la entraña de toda criatura humana?

Este estudio sobre la poesía actual femenina ha sido escrito con un sentimiento profundo de solidaridad y de ética profesional.

Y ya que la sinceridad, que mueve las fuerzas elementales y también las altas especulaciones del espíritu me ha secundado hasta hoy en la vida y en el arte, dejadme terminar esta amable conversación, con una exortación!

La poesía y la civilización de los pueblos estuvieron siempre estrechamente unidas. No hay sonido, no hay voz que rompa a cantar, desde el gorjeo del más pequeño pájaro hasta los grandes clavicordios de los músicos, sin que esa inspiración no se alimente de una voz de misterio, y sus armonías no deriven de un concierto universal de sonidos.

Ser poeta, es en el lenguaje de los pueblos el signo profético del que vé más allá; del que vislumbra una luz nueva en nuevos horizontes.

Cantar es una manera de templar las afiebradas sienas de la humanidad; mecer los corazones inquietados por los mil problemas de la vida; serenar sus almas y elevarlas hasta a Dios.

Dentro de la facultad que me habéis permitido de analizar la actual poesía femenina, y de subrayar las fuerzas renovadas de nuestro continente, inspiradoras del sentimiento y de la exaltación lírica en el alma de nuestras mujeres, dentro del espíritu que anima mi vida y mi expresión poética, me hago un deber de decir a mis colegas y al público en general, que no hay pueblo feliz en el mundo donde Dios no reina; y que todas las civilizaciones superiores, las sociedades cultas, las artes, las filosofías, las magníficas empresas humanas, que no estén animadas del espíritu divino que rige el universo.

¡Dios como equilibrio de la materia hacia la estabilidad del alma, en una continua ascensión hacia las eternas moradas!

¡Mujer, criatura de Dios! ¡Poesía, voz del infinito, y armonía de la tierra hacia el más allá!



TOPICOS LITERARIOS



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

CORRIENTE ESPIRITUAL EN LA POESIA ARGENTINA

1) *La decepción*

La poesía argentina de hoy es pródiga. Padece sin embargo de una honda decepción. La opresión que pesa sobre el aliento del poeta argentino no le viene de su vida económica, ni son problemas intelectuales lo que le preocupan. Sabemos perfectamente que la solución económica, en el poeta moderno, no es ya una tribulación cotidiana, como lo fuera en otros tiempos. Luego los problemas de alta intelectualidad no conturban aún la faz moral de los individuos, inclusive la de los poetas en pueblos tan jóvenes como el nuestro y en ciudades babélicas como Buenos Aires.

La moral en la estética del artista proviene a veces de la moral del hombre en la vida. ¿Qué esperanza puede alentar, ni qué perfección puede soñar, si el ambiente no lo pre-dispone ampliamente; ni la sociedad lo alza hacia una maceración de sus sentimientos

superiores en las manifestaciones más generosas: la justicia y la sed de belleza en la vida?

Esta moral estética proviene como se sabe de las fuerzas cordiales que una sociedad y un pueblo virtúen para la modelación de su alma.

El poeta de la generación del 90 fué el ángulo del edificio circular, que fijaba ya para siempre la fisonomía estética y ética del poeta actual.

Aquéllos ignoraban aún las sutilezas y la táctica de las pequeñas políticas que nos gastamos hoy en el ambiente literario.

Aquéllos forjaban y escribían movidos espontáneamente para ello; nosotros lo hacemos bajo la presión a veces decepcionada, que pesa en el ambiente, se filtra despaciosamente en nuestro espíritu; nos vuelve insensible a todo esfuerzo mayor, y nos malogra para la verdadera voz interior y para su expresión.

La decepción en el ánimo de un artista es algo fundamental. Es la negación de todo sentimiento; es un continuo sofocar de su exaltación; es una manera de ahogar en su nacimiento las grandes fuerzas brutas de la creación en el arte.

La decepción flota, pues, en el ambiente.

II) *El objeto amado y el amor*

El poeta argentino no ha amado aún de verdad. Aquí y allá un caso aislado de eferescencia amorosa, aquí y allá un soneto o un libro dedicado al amor; aquí y allá una cuerda amorosa, que dentro de la aceptación total del objeto amado, eran sólo un grito ahogado, una pasión desordenada y una exaltación tumultuosa, pero insubstancial del amor.

Nuestros poetas no hallaron aún en el camino de su vida el objeto amado, para cantarlo, para vivir para él; para exaltarlo continuamente y transformar así la virtud de su profunda sugestión en el norte y en el destino de las aspiraciones que pudieron sustentar en vida.

Al no hallar el objeto amado, lo sustituyeron a su manera por el amor. Y amaron el amor a su modo; y lo desvirtuaron entonces al trocar el objeto amado por el instinto amoroso. Porque el objeto amado es la eternización del exquisito tormento y de la perfección, que mana inconscientemente esta fuerza primaria y total de la vida, en lo que lleva de ascensión espiritual y de eternizar lo fugitivo del instante.

La aventura amorosa ha sido hasta hoy casi imposible de realizarse en nuestro ambiente.

El poeta argentino es, pues, salvo débiles excepciones, un tanto indiferente y un tanto hastiado de la vida. La sociedad en que vivimos no ha llegado a dominarlo hasta tal punto, para prejuiciarlo y preconcebirlo al respecto. El amor en la profundidad de su concepto y en la ascensión espiritual con que mueve el corazón humano, es casi una virtud y un número. Es también una tradición y una raza. La disolución de las costumbres y de las intrínsecas leyes humanas, contribuyen en forma directa a la degeneración de una raza y de su tradición.

Los poetas de mi generación y de la anterior a la mía, no han conocido el amor; no han vivido para el objeto amado; una ironía persistente y un rictus de amargura, animan sus semblantes. Hablan a media voz; se expresan con un pálido reflejo; y su pensamiento oscila entre la ambigüedad y lo insubstancial de su verdad.

La ausencia del amor en un pueblo, es casi como la deshumanización de su esperanza.

III) *La fervorosa empresa del espíritu*

Si dije que nuestros poetas no habían nacido para las grandes empresas del amor. ¿cómo harían entonces para alcanzar las fervorosas empresas del espíritu?

Sábese que las dos exaltaciones que sus-

tentan el equilibrio del hombre en la tierra y de Dios en el más allá, son el amor, o la exaltación del hombre en la conquista del corazón humano, para estrujarlo y transformarlo a su vez en un naciente y próximo fin; y este otro amor, que es la exaltación del alma del hombre a Dios, y en las fuerzas cósmicas y sobrenaturales, que se funden y se armonizan en El.

Dijimos anteriormente que nuestros poetas optaron por el amor conquistado aquí y allá, en los pálidos y sombríos recodos de la vida, en vez de darse plenamente, definitivamente al objeto amado. Porque el objeto amado, pasada la tumultuosa pasión humana, bajo el dulce raciocinio de la ternura pregonada o vivida, se idealiza eternizándola.

El caótico movimiento psíquico y el tremendo signo fisiológico del temperamento humano, en la hora presente, han intelectualizado toda ciencia, y han deshumanizado toda verdad y toda virtud en el hombre.

Intelectualizarnos y deshumanizarnos, es igual a la maquinación de los miembros del cuerpo humano y de la función vital del corazón.

Amar a tal hora, olvidar en la hora subsiguiente, sonreír y ponerse tieso a condicionalmente; lo que equivale a caricaturizarse.

Estamos, pues, dentro de una inversión de las facultades del temperamento humano.

Ha llegado el momento de alzar esta depresión. La industrialización de las cuerdas afectivas y sensuales del hombre nos lleva a un continuo declive, peligrosa pendiente que equilibramos con una acrobacia estu-
penda.

El espíritu entonces se impone como una medida inminente para aquietar las sienas afiebradas y para sosegar los ánimos desvariados, que a veces tienen el rictus de una honda tragedia interior y otras veces sonríen con una pérfida ironía. ¡El espíritu, sólo el espíritu!

Es preciso dar la vuelta a la circunferencia de la vida, y empezar de nuevo. Sólo el espíritu como fuerza y equilibrio; como verdad y como justicia; como amor en el objeto amado, y como expresión sobrenatural de Dios en todas las manifestaciones naturales y del misterio. ¡Sólo el espíritu podrá salvarnos!

Dije a propósito, de este problema que hoy nos toca analizar, que si el individuo no ha aprendido a amar el amor en el ob-

jeto amado, ¿cómo podrá dar ese salto formidable en la tensa cuerda que une, en la contraposición, un extremo de la vida al otro, como la tierra se une al cielo?

Muchas veces el individuo no ha conseguido poner en marcha su frenético corazón abandonado por la suerte. Porque el artista para amar necesita hacerlo de veras: debe de estar poseído de una tal pasión de un vértigo casi, para caer abandonados ya por siempre, o vivir toda la vida el instante de esa incomparable posesión.

Pero ya volverá el individuo sobre su verdadero amor y el ala aterciopelada del espíritu flotará por sobre su cabeza y rozará sus sienes, con el misterio de su esperanza eterna.

EN BUSCA DE UN TIPO LITERARIO

I. - A través del prismático lente

Muchas veces avanzando dentro de la circunferencia de la sensibilidad y de la inquietud, que Dios filtró en mí para tortura mía, me he preguntado por qué no hay en la América, y por ende en la Argentina, tipos literarios. El escritor de raza, dotado de un equilibrio mental apto para pesar en su balanza la efervescencia espiritual, psicológica, hoy casi física de la vida y de las cosas.

Y si se enfocara este escaso número con la severidad y la justeza del prismático lente del crítico, el número se reduciría a contados escritores en esta parte de América.

Uno entre ellos, Rubén Darío, que dió sonoridad y flexibilidad melodiosa al verso castellano, fué arrebatado de la vida, cuando quizás, su temperamento enriquecido y matizado por el coro magnífico de voces universales, en que se debatiera su vida

íntima y su espíritu, iba a dar resonancias integrales.

Su poesía hubiera llegado a ser dentro de lo heterogéneo del cosmopolitismo, en sus andanzas y en la amplitud de su cultura, una poesía adaptable a todos los espíritus, y admirada por todos los hombres.

El gran poeta americano habríase transformado y multiplicado.

De poeta del habla castellana, (la lengua en este caso, desaparece para dejar hablar al espíritu) de poeta de una época y de una fama, hubiera llegado a ser un poeta universal.

II. - *El tipo literario*

Así como Julián Benda, Fray Cartujo hoy, y otrora agudísimo escritor, sostenía en "La traición de los letrados" que el escritor delinquía cuando dejaba de enfocar la vida con sinceridad y contemplación, me permito inocular a esta verdad, de tan profunda, casi abstracta, esta otra verdad: que el escritor nunca llegará a ser un tipo literario, en cuanto no comience a dar a su labor una posición creadora.

La creación es un desbordamiento continuo.

Hay en esta abundancia incontenida una gestación casi selvática.

La avidez, es decir la tumultuosa espontaneidad que la impera y la impulsa, encierra una sinceridad apasionada, vibrante, firme. De este apasionamiento, de este amor a las cosas expansivas, claras, leales, fluye del cerebro al corazón, y del corazón a las manos, una esencia con que amasamos la pasta de nuestra obra.

Y una vez abierta la llave de la poderosa corriente creadora, filtrase de continuo en nuestro amanecer la claridad, la luz, que proyectamos de adentro para afuera, y que recibimos de afuera para adentro.

Se ha llegado entonces a un plano en que se es a la vez receptor y perceptor de la mentalidad general del mundo hacia nuestra sensibilidad.

Se ha alcanzado si no la perfectibilidad absoluta, que nunca es posible, el equilibrio mental perfecto y un organizado estado de alma.

En una palabra, situados en la línea ecuatorial, básica de la vida, un orden y una justicia superiores obra en nosotros; y el artista, el escritor en este caso, crea con una relativa, pero perfecta visión de conjunto, su obra.

El localismo y el regionalismo desaparecen. La patria se totaliza. Se percibe el sonido, el color, el perfume; la luz que ilumina

na, llena, vibra en el aire, el clima, el cielo de todos los países del mundo complejo y único. Se vive la angustia, la piedad, el dolor, la verdad de todos los hombres, y se transmite desde la patria, desde el querido suelo nacional que nos vió nacer o formarnos, la voz que es acento militante en el concierto de voces universales.

III. - Dolor y aislamiento del artista

La humanidad lo obsesiona en todas sus partículas. Para él, el género humano es una enorme musculatura, un voluminoso cuerpo monstruoso por la satánica perversidad que lo agita, animado también por la gracia de una belleza anímica invisible, que fluye de él sin cesar.

El artista siente la necesidad de combatir por el hombre, de enmendarlo en sus errores, de mejorarlo en sus vilezas, de alzarlo de sus pecados. La doliente humanidad que gira, contorsiona, se yergue, para caer de nuevo, es una herida en el costado de su corazón que sangra continuamente.

Y porque sintió el alma común de la vida convulsionarse y sollozar, maldecir y pecar, el artista se conmueve y un hondo dolor lo embarga.

Se aleja, se aísla, y empieza a cavar alrededor suyo como una trinchera que lo separa

de los demás seres, y que lo sobrepone a la sociedad. Dejó sólo un hueco abierto hacia arriba, y solamente el azar del cielo le sonríe.

Pudo así crear en la efervescencia y en el tumulto de la hora que vive, una circunferencia de paz y de serenidad.

Y ama, y perdona, y crea.

IV. - Renunciamiento y riesgo

No todos hemos nacido para confrontar el trágico choque de pasiones y de intereses encontrados. Sería necesario jugarse todas las cartas por esta brava carta del destino fiero y altivo.

Es tan agradable sonreír y recibir sonrisas. Es tan cómodo girar hacia el engranaje que rueda sin mayores obstáculos. Vivir para el interés máximo, para las inmediatas ventajas. Todo se hace de prisa y se extorsiona el momento.

La obsesión del argentino no es el hombre-máquina, ni el becerro de oro. A pesar de todo, se ha vivido casi siempre con el antifaz de un romanticismo que no se sintió, y su quijotismo no ha existido nunca.

La gran generación, los grandes hombres de la hora decisiva de la Independencia debería repetirse.

V. - *¿Por qué carecemos de tipos literarios?*

¿Por qué de nuestra literatura no ha surgido un tipo-literario? Doy este título al escritor, que reconoce todos los ambientes del mundo, cuya virtuosidad es sabia por lo humana, profunda por lo universal, compleja por la heterogénea amplitud de miras y de puntos de vista. La serena visión estética que posee le facilita la asimilación de seres y cosas, que son siempre idénticos y se multiplican en ciudades y pueblos distintos, cuya alma abyecta o divina, sufre la tortura de la duda o tiene sed espiritual.

Sarmiento trazó en "Facundo" un recio y abrupto estilo personal. Facundo no es un tipo universal.

Groussac fué más que todo un investigador científico, un alto y severo crítico, un estilista notable.

Y llegamos a Lugones, esta capacidad máxima, este cerebro potente de una generación que sobrevive a muchas.

Lugones, mi admiración y mi estima se mantienen siempre vivas, no es un tipo-literario. Estudioso, erudito, de una gran cultura, no se sintió mordido por la precocidad del instante y del ambiente. Fué demasiado honesto con su medio. Lo quiso demasiado. No fué un cazador, un aventurero de su ri-

queza intelectual, y no exploró las minas de su riqueza espiritual.

Y por fin no arriesgó su posición y su temperamento al mal y al bien de la hora compleja que le ha tocado vivir.

Nuevamente se confirma que el riesgo de la aventura humana no es tan fácil de llevar a cabo.

Pero todo tiene una ilación, una concordancia en la vida.

Llegará un día en que se publicarán menos libros, y en que la literatura argentina cotizará a sus intelectuales en el ambiente mundial del intelecto humano.

ASPECTOS DE POESIA

Nuestra querida Buenos Aires, ciudad indolentemente recostada sobre las márgenes del Plata; río confundido en mar y urbe hecha puerto, está abierta a todas las anchas rutas del mundo y de sus mil aspectos.

La Cruz del Sur le ilumina el rostro, y esta luz la baña con un reflejo expectante, profundo, múltiple. Ajena al vértigo de sus movimientos, al estrépito de sus voces y a la inquietud cosmopolita que la sacuden, aquel resplandor a que nos referíamos cae en forma de un agua lustral sobre el alma de los poetas. Y la unge de pálida armonía, la enciende con un profundo fulgor, y la hace brillar por sobre la llanura indiferente de los seres, que viven a ras de tierra, y que pueblan en mayoría nuestro ambiente.

Hay dos tendencias que se mantienen en contraposición en lo que se refiere a la condición social e intelectual del habitante argentino, y por ende americano.

La, muchas veces desmedida avidez de la fortuna, perseguida con desenfrenada ambi-



ción, poniendo en juego para alcanzarla, la inversión de la moral en todos los campos que conducen a su conquista. Y esta avalancha sórdida, desmesurada, ha contribuído hasta ahora, para que el arte sea en nuestro medio una expresión secundaria de nuestra fisonomía.

Al influir de este modo la conciencia de un pueblo, éste vive supeditado, pendiente de los vaivenes de su economía, e inmediatamente circunscripto a los fenómenos políticos y sociales que lo rigen.

Su fisonomía o su aspecto psicológico lo hallamos latentes y en estado de formación en todas las empresas espirituales, y en muchos procedimientos científicos, pero todavía sin una expresión pasional, definida. Una nebulosa cubre aún, sino nuestro temperamento, nuestra resolución y nuestra libertad a este respecto.

Pero afortunadamente restablece un tanto este desequilibrio general, una oposición todavía en monoría del hombre, que pospone a la conquista del bien inmediato, la aventura del arte, y por consiguiente la de la belleza.

Y surge, como decíamos, la falange de poetas aquí en nuestra apasionada Buenos Aires, para unirse con los que habitan el interior de la República. Mujeres y hombres

se han sentido dominados por una emoción y por un miraje hondo, febril; transitorio en algunos, de vocación en otros, como para llenar con su vida la poesía que anida en sus almas.

Los distintos estados de alma han generado, a su vez, diversos aspectos de poesía.

Creo que en ninguna parte del mundo, la poesía ha suscitado tantos apasionamientos y se haya volcado en tan diversas escuelas, temas y formas.

Y llegamos al tema:

Nos encontramos hoy frente a un invasor audaz del ritmo y de la expresión: la poesía de vanguardia. Esta expresión poética, que aún no podría denominarse escuela, ni aspecto de poesía, arrasó, puede decirse, desde casi dos lustros con los cultores del clásico afán.

Los poetas de la nueva sensibilidad pretenden, y en esto la razón los acompaña, señalar un error muy grande. Ellos sostienen con justeza, de que no se es clásico, a pesar de aprisionar en formas y procedimientos clásicos, descripciones subjetivas y objetivas en la poesía.

Porque el clasicismo, como el romanticismo y las otras escuelas poéticas, surgieron



de un conjunto de factores, que señalan las historias literarias; factores que encuadraban perfectamente tales expresiones y sobre todo semejantes estados de alma.

El aspecto substancial del clasicismo es estático, estatuario, sereno y severo a la vez, que proyecta una belleza fría, pero de respeto y de admiración; siempre que esa escuela se halle en concordancia con los tiempos que vivimos, y con la aspiración del alma humana, que sufre, solloza y espera hoy más que nunca.

El romanticismo es ya una escuela imbuída de inquietud idealista y de ansiedad tumultuosa, engarzada en un sentimentalismo a veces desbordante, otras veces contenido.

El yo íntimo, el yo ergotista, supedita el amor a la fantasía y ésta a la imaginación.

El romanticismo es pues una escuela no solo literaria, sino que trasunta un perfume humano, hecho de esperanzas, de amor y de tragedia también.

Así dentro del ergotismo de los románticos, y que los míopes de la crítica literaria señalan erróneamente de narcismo, el romántico une su aspiración al estado de conservación que todos los seres despliegan en la vida para luchar y para amar.

El romántico posee también un alma dúctil, delicada, capaz de elevarla hasta Dios. Y esto es su mayor elogio.

De esa poesía que traduce una humanidad que bebió en todas las copas de la vida, y desde un vago idealismo de cosas y seres vivió para perfeccionarse y humanizarse, podemos arrancar el puente, y con un salto colocarnos en la extrema opuesta: la poesía deshumanizada o el vanguardismo.

Dije en alguna ocasión que la nueva sensibilidad era dentro del organismo envejecido de la literatura una refacción total. Ella vierte en las venas agotadas de aquel cuerpo, una infusión de sangre nueva, roja en glóbulos, aunque ésta haya sido acumulada por distintos conductos y de diversas sustancias.

La nueva sensibilidad en la poesía es dentro de la transición de una época a la otra, a través del injerto de una fuerza en la otra, un serio enjuague estético, aunque en general así no se piense.

Veamos pues cómo la nueva sensibilidad sin tener raíces substanciales dentro del canto humano, marca sin embargo, una época para la poesía, que sufre con ella una meta-

mórfofis radical, pero también una honda perturbación.

Así y todo la nueva sensibilidad es un equilibrio del verso en la destrucción de su forma y un vivificador de la emotividad en la renovación de la misma.

Por último, para dejar señalado el lugar que ocupa dentro de la historia literaria la expresión mística, citaré las palabras que Menéndez y Pelayo pronunciara en su discurso de entrada a la Academia Española, en un magistral estudio sobre la poesía mística, fijando valores y conceptos, no bien establecidos hasta entonces. "Esta poesía, dijo, no es, ni ha podido ser, en ningún siglo, género universal y de moda, sino propio y exclusivo de algunas almas selectas y muy adelantados en los caminos de la espiritualidad".

Y yo he de agregar: sólo para nombrarla debería purificar con una brasa mi boca humana, mis labios que pronunciaron palabras terrenales del bien y del mal.

Sólo para pronunciar su nombre, y para evocar los altos espíritus que cantaron en su lengua de fuego y por su boca celestial, debería reverenciar el alma en forma de un perfume de humildad, y con un gesto de contrición continua.

¡Ah! tan sólo para balbucear en ella mi sed de más allá y mi ansia de eternidad, me fué dada la gracia de sentirme despojada de toda envoltura corporal, sólo un alma, un espíritu, una vibración de luz, de sonido. Ser nada, y sin embargo exaltarse en la vida para alcanzar el cielo; no desear nada, y no obstante poseerlo todo; no pronunciar palabra alguna, y vibrar en una total exaltación, que sólo percibe la verdad absoluta: Dios.

He resumido según se puede verificar, algunos aspectos de poesía. Sólo nos restaría citar la poesía social, el aspecto más representativo del momento actual del mundo. Pero esto merece un estudio aparte.

Me he referido en la enunciación de los aspectos de poesía, más bien a las del alma a través del canto humano.

Porque creo que una escuela literaria nace de una época de vida, y del estado anímico y social que esta época ejerce sobre el hombre, y que el hombre a su vez genere.

“CIUDADES ITALIANAS”
DE JUAN P. RAMOS

La geografía espiritual del mundo

El hombre que se propone viajar, o simplemente trasladarse de un punto al otro, ejerce ya una función de movimiento, de cambio en el itinerario de su destino, cumple el designio de extensión que le corresponde en la vida, y efectúa con ello un intercambio de conocimientos y una fluctuación de acercamientos universales. Se aleja para acercarse, se va para volver, abandona para unirse más.

En la geografía espiritual del mundo, es decir en el área del pensamiento y de la imaginación del hombre por instinto de expansión y de aspiración, las distancias, los límites, no son en efecto, más que disposiciones a veces sabias, a veces necias de la previsión humana.

Si todos somos criaturas de Dios, justo es que vayamos los unos a los otros. Justo es

que abreviemos la distancia y el espacio que nos separa. Razas, pueblos, naciones se funden en un instante en un solo haz, en un solo nervio: el hombre que Dios creó, la tierra en que se le estableció en su unidad.

He divagado un poco sobre el problema de la atracción de los seres dispersos en el orbe del universo, y he lanzado, así al azar, espontáneamente, por qué no decirlo, el grito que solloza en mí por la unificación de lo disperso a través de la amalgama del espíritu, por medio del encadenamiento de las mismas pasiones y de las mismas perfecciones.

El símbolo del viaje

Si fuese verdad que todo en la vida es símbolo, los viajes serían el índice de una corriente, que siempre avanza, sin flujo y sin reflujo. Aguas de un mar, cuyas olas no se rompen en ninguna playa, sino que fluyen siempre sobre mesetas superpuestas, plácidas e invisibles, que son como el círculo perfecto del movimiento. El símbolo de los viajes es un derrotero seguro, claro, de lo que es necesario seguir, a qué arribar y qué alcanzar.

La enseñanza de los viajes

Si la escuela es símbolo de los conocimientos humanos impartidos por personas de cultura, a veces mediana, a veces amplia de los



libros y de las cosas, la cultura de lo estable, de lo sabido, de lo escrito; los viajes, símbolo de un renovado anhelo, de una sabiduría que flota, que nos circunda, que se gesta alrededor de nosotros, y en nosotros mismos ¿cuál de las dos culturas es mayor? En la primera la ciencia del hombre dió todos sus desvelos, todas sus garantías; en la segunda flota y se afina a cada instante el sello inconfundible de la Creación en Dios, y de Dios en la Creación. Una revelación continua.

Y si se agrega a las bellezas de la naturaleza los mares, las montañas, las vegetaciones con sus perfumes ásperos o exuberantes, compactos o claros; las irisaciones de los cielos con sus colores apagados o brillantes, extenuados o vivos, como si el color tuviese sonido y perfume, luz y palabra; el bosque con sus mil sonidos claros o trágicos, armoniosos o aflautados, desde el concierto de los pájaros, hasta el grito y el estertor de los animales salvajes en la lúgubre y negra noche. Y luego los pueblos con sus costumbres, sus lenguas, sus civilizaciones, sus apogeos y sus decadencias. Y también las ciudades, centros de lo transitorio de las obras humanas, como símbolo de fuerza de perfección, de lucha, de savia creadora, adherido a todo y para todo.

¿La historia factor indispensable?

Ocúrreseme en este instante pensar qué se obtendría si lanzáramos por el mundo civilizado a un hombre, dotado de una inteligencia virgen, es decir no cultivada, instintiva; ávido de instruirse, de conocer, ignorante del curso de los siglos y de las civilizaciones, de la ciencia y del arte de los hombres.

Así sólo, a los treinta años, edad de prematura madurez en los capaces, con la única intuición de lo finito en lo infinito, y del hombre en Dios, ¿cómo contemplaría él la enciclopedia de la historia?

La historia diría, es un cementerio del pensamiento humano. La historia insistiría, es así como palabras vanas, escritas al margen de un abismo pérfido, tentador, lleno de un sarcasmo trágico o indiferente. Y este abismo es la vida.

Páramo sembrado de fetideces y de hedor de los vestigios y de los restos de los seres y de las cosas.

La realidad, el momento presente, que es pulpa sazónada de eternidad, lo llenaría por completo.

Este hombre así arrojado, de pronto, al azar prodigioso y magnífico de la conquista realizada por los hombres, atribuiría esta estratagema de hechos y pensamientos a una incursión, como una flecha, que atra-

vesara las edades para llegar sólo hasta Dios.

Contemplaría entonces al mundo como un milagro, que se perpetúa, que se sostiene, como un índice sobrenatural marcando el derrotero de los mundos.

Resumiría entonces la ciencia, la belleza, la sabiduría en Dios y la naturaleza. El hombre no sería más que un medio para realizarse.

El autor y el libro

El Dr. Juan P. Ramos, distinguido juez, criminalista, sociólogo y jurisconsulto, autor del libro que nos ocupa, ha visto las bellezas de Italia, con el cerebro saturado de cultura y con el corazón ávido de sensaciones. Ha sentido más de lo que ha contemplado, ha admirado más de lo que ha descrito. Hay un vuelo de sutil filosofía y un recuerdo fervoroso de la historia. La visión que nos trae es a la vez sugerente, amable, grave e inteligente. Está engarzada en pueblos, ciudades, civilizaciones, a través de los siglos que los modelaron y del arte que cinceló sus preocupaciones espirituales en la vida.

El autor de "Ciudades Italianas" se nutre de la historia del arte y de la historia del hombre, y ahinca su pensamiento descriptivo sobre todo en lo que le inspira el

instante de percepción y de análisis. Ajusta así la exacta y a veces perfecta expectación de su espíritu, a la inmensidad azul del cielo, a la dorada luz del sol, al temblor azulado de un crepúsculo, a la niebla que estremece los perfiles, y comenta artes, escuelas, ciudades y pueblos. Como sobre una topografía psíquica de las civilizaciones que fueron y las que persisten, crea y analiza un mundo igual o quizás superior de lo que ha visto. Por esto ha exclamado alguna vez lleno de convicción íntima y serena: "que la vida es sólo pobre o rica en la medida de nuestra imaginación; que el mejor maestro de ansias de perfección es el diálogo interior".

Por todo ello, sus sensaciones descriptas en narraciones de viaje, son en materia literaria un género de creación, pocas veces alcanzado. Mme. de Stael, Pierre Loti y otros pocos fueron maestros en este género de literatura. Su estilo es fácil, elegante, agradable. Sus descripciones movidas, ágiles, serenas. Su ideología rica en conceptos imaginativos y filosóficos.

En resumen, un buen libro; un libro que honra al país, y que puede tener su mercado literario en cualquier país del mundo. Sus traductores no harían más que divulgar descripciones de ciudades hechas con una maestría y un buen gusto singulares.



“SIR THOMAS MORE, HUMANISTA Y MARTIR”

De Lucrecia Sáenz Quesada de Sáenz.

La biografía de las grandes figuras humanas es algo tan necesario, tan útil a la humanidad, y en este caso al hombre en particular, como su vida misma. Y podríamos subrayar que es algo más que la misma vida del hombre, que de este modo trata de dejar constancia inmediata y continua de la heroicidad del gesto, de la acción y del movimiento del alma en su expresión. Y no olvidemos que de esta manera el hombre agrupa alrededor de él, la vida de su época, los seres y las circunstancias que le pertenecieron.

Nadie sabe ni puede suponer exactamente lo que significa la vida de un ser predestinado para mejorar, modelar, ensanchar, o quizá iluminar el horizonte del mundo en sí.

¡Cuántos instantes que pudieran señalarse con guijarros blancos en la vida del

hombre, fueron decisivos, inminentes, gestadores ellos de su destino que quizá imprimieron ya para siempre esa línea suya, alzada en vertical, es decir, hacia el máximo del esfuerzo y de la belleza humanos! Lo que podríamos definir con otras palabras: una personalidad que sobrepasa el nivel común del hombre en general.

Una de las biografías que se han escrito últimamente, y que más han contribuido, si no a exaltar la trayectoria de una vida con procedimientos resonantes, pero sí más bien a poner en claro, a definir con razones sencillas, con un estilo limpio y medido, tal como fué, tal como debe ser la vida, es sin duda este libro biográfico que la Sra. Lucrecia Sáenz Quesada de Sáenz ha escrito acerca de la figura de sir Thomas More, mártir y humanista, hoy elevado al honor de los altares de la Santa Iglesia Católica.

La autora ha ido buceando en archivos y papeles la vida extraordinaria del que fué en vida Lord Canciller del Reino de Inglaterra, y ha aprovechado su estada en ese país para tratar a fondo el espíritu singular de Thomas More.

Internémonos en su biografía. El Santo de hoy y el Lord Canciller de entonces había llegado por sus propios méritos a ocupar una de las más encumbradas posiciones

de su época; fué estimado y hasta consultado por su rey Enrique VIII y cayó luego en la más horrible desgracia.

Conciencia genuinamente cristiana y fe inquebrantable fueron los dones de Thomas More, que subrayaron aún más sus otras cualidades, como su don de gentes, su honda cultura fraguada en el estudio de los grandes humanistas clásicos, en su literatura y en su filosofía, que contribuyeron a formar su espíritu dentro de la evolución graduada e irremisible de la humanidad.

Supo extraer de ella sus beneficios, y obrar, en consecuencia, con una honda indulgencia en su proceder, y una fina sonrisa en los labios. Manifestaciones esas que no llegaron a alterar en lo más mínimo su recta conciencia, dentro de lo rutinario, y el siempre inconciliable sentido de la vida temporal con aquella sobrenatural y eterna, y que More llevaba grabada en su alma con rasgos indelebles.

Así como lo señala la autora de esta biografía, Thomas More poseía el "commun sens", es decir, el sentido común, que según su propia manifestación, es el perfecto equilibrio entre dos tendencias opuestas: el término medio de las cosas.

Y sigamos adentrándonos en su vida y en su alma. Thomas More poseía un alma

de líneas rectas, un espíritu concebido en el característico "humour inglés", y una conciencia que respondía por su alma y su corazón: "morir por Dios y vivir para la humanidad", lema que sostuvo hasta el último instante de su vida, y que trata en pocas palabras la semblanza espiritual del mártir. Ni las fiestas palaciegas, ni las especulaciones filosóficas torcieron en nada su claro y recto corazón de hombre, ni su alta e inalterable fe de cristiano. ¿Quién hubiera creído, quién hubiese imaginado que bajo la amable sonrisa y el mundano trajín se ocultaba una inquebrantable conciencia capaz de morir por el ideal soberano de Dios?

Es que debemos empezar a tratar la santidad en vida, y en el movimiento agitado de los negocios y de las luchas, en que el hombre no siempre lleva en la expresión de su rostro la elevada exaltación de su alma. Los tiempos han cambiado, y la criatura humana puede estar íntimamente unida a Dios en una constante oración de su alma, y puede también moverse dentro del engranaje inquietante y múltiple de la vida, sin que por ello, su mística posición espiritual se halle en contradicción con el movimiento acelerado de sus procedimientos. Porque la mística y la ascética, la una activa y la otra pasiva, no establecen diferencias esenciales.

Había pues que buscar el contenido espiritual y los frutos de santidad, no en la expresión del rostro y en la compostura humana y temporal, sino más bien en los matices pronunciados del alma, y en el ideal sobrenatural.

La autora de esta biografía ha intercalado en todos los capítulos que forman este libro, frases personales, arranques decisivos, manifestaciones latentes de la vida de More, desde la casa de Chelsea, y aquella sobre las riberas del Támesis, hasta su paso por los suntuosos palacios de Londres, en la cercanía del Rey y de la corte y en la del parlamento.

Este soldado de la fe ha mantenido siempre una línea recta en la vida, aunque ésta hubiese escapado a los ojos distraídos o irresponsables de la gente.

Desde la publicación de su libro: "Utopía", que algunos críticos miopes juzgaron como un trabajo no encuadrado dentro del pensamiento católico, hasta sus cartas, su diario y sus conversaciones con amigos y personas de su familia, todo adelantaba en él, al hombre de vasta cultura, al diestro abogado, y sobre todo a la criatura humana, que según su propia expresión, consistía en poner su persona al alcance de la vida futura, en la ciudadanía del cielo.

Con clara visión de los acontecimientos, Lucrecia Sáenz Quesada de Sáenz nos conduce a través de los momentos más fortuitos de su vida, y he aquí que abordamos el instante decisivo de su alma ante el bien conocido y trágico dilema: o sostener al Rey en su decisión de divorciarse de su legítima esposa Catalina de Aragón, y colocar la corona de Inglaterra sobre la cabeza de Ana Bolena, o dar su opinión en contra, como así lo hizo, y renunciar al cargo de Lord Canciller. Aquí empieza a jugarse la última carta de More en vida, y la primera carta de introducción para el cielo. Y aquí empieza también su calvario.

“Y si esto no bastara hemos de pedir limosna en cada puerta, y vivir alegremente”, exclamó ya el santo Thomas More. ¿No es esto ya un anticipo de santidad?

Vemos cómo el santo de hoy franqueaba entonces las puertas de la humildad, que fué su característica, y se adaptaba a la dura y macerada forma de la humillación ante los hombres, que sería como la negación total de su jerarquía y de su dignidad, borrando con mano descarnada pero irremisible, el último alarde temporal y transitorio: su personalidad.

Y comenzó así a modelar esa otra figura, de raíces sobrenaturales, que ha de perdurar

para el cielo, en donde el desligamiento de los honores y de las riquezas terrenales, el sacrificio y por ende el martirio por el divino ideal de Dios, preestablecen y señalan la vida del santo en la tierra.

Había que jurar el acta que elevaba al Rey, cabeza superior de la Iglesia de Inglaterra, y desligaba a los súbditos de la obediencia a los sucesores de Pedro, y More se negó. Empezó entonces el preámbulo de su muerte en el encarcelamiento de Londres. Fraguó de esta manera su decisión serena y premeditada, su consciente voluntad de muerte ante el pecado, de calvario ante la irreverencia de la fe, y de una férrea decisión de romper las ataduras de la vida, que en caso contrario, no estaría encauzada dentro de los preceptos de la Santa Iglesia Católica, en Dios Nuestro Señor.

El día 6 de julio de 1537 el verdugo cortó la cabeza del Lord Mayor de Inglaterra. Sus últimas palabras fueron: "Muero en la fe de la Santa Iglesia Católica, como un servidor de Dios y del Rey".

Hoy Dios ha premiado la santidad de su alma en vida y por intermedio de la esposa de Cristo, la Santa Iglesia Católica, ha elevado al mártir más grande del siglo XVI al honor de los altares.

Tal la hermosa biografía escrita por la

señora Lucrecia Sáenz Quesada de Sáenz, que marca en las letras nacionales una nueva expresión literaria, realizada por espíritu femenino, tan poco frecuentada aún, pero esencialmente necesaria para dar un matiz nuevo a la novela casi decadente de hoy, sobre todo si se trata de exhumar figuras tan interesantes y tan fuertes, como lo es la personalidad que eligiera para su biografía la autora de Sir Thomas More, mártir y humanista.

EL CASO-POETISA

Dejad que las poetisas vengan a nosotros,
—dirá el gran público de esta Buenos Aires
tumultuosa y apasionada.

—¡Dejad las poetisas! —exclamarán
aquellos que tienen una noción estrecha
y poco generosa de la evolución ideológica de
la mujer en nuestro país.

Porque la poetisa es hoy un tipo social.
Su número se multiplica, y su figura se adelanta con paso firme hacia todas las manifestaciones de la vida moderna. Es mujer de ciencia, docente, publicista, periodista o dedicada por completo a las letras. Sin embargo las raíces de su alma arrancan del árbol melodioso, en cuyo follaje la luz, el aire, el sonido y el perfume, nutren a la poesía y la afinan con los arranques melodiosos del cordaje del árbol que canta. Porque la poesía es una inefable identificación del sentimiento y del espíritu del hombre con la fuerza viva de la naturaleza virgen, a través del tumulto de las ciudades tentaculares

y hacia las fuerzas sobrenaturales del misterio y de Dios.

Si calculamos, según una antología aparecida en el año 1930 (compiladores: Maubé y Capdevielle), las poetisas reunidas en ella pasaban de un centenar. En casi dos años transcurridos, su número habrá aumentado. El círculo cada vez más intensificado hizo de su cantidad y en algunos casos de su calidad un conjunto multiplicado, que viene a ser así como un gremio. Se dirá en un mañana bien cercano: el gremio y luego el sindicato de las poetisas.

El temperamento de la poetisa es distinto del de la otra clase de escritora. Ella es a la vez expansiva y consciente, tumultuosa y firme, exaltada y sencilla. La poetisa es un ser aparte.

En nuestros tiempos su subjetividad se vuelve actitud, dinamismo, y entonces su temperamento se inclina hacia las manifestaciones de la vida, la acción. Y yo creo que el momento exige al poeta activo.

Todo siglo, toda época, toda evolución de un tiempo, hacen cuajar los tipos necesarios al temperamento del instante que vivimos. Y las poetisas vienen a fervorizar este momento.

Véndanse o no sus libros; publíquense o no sus versos; tenga o no tenga renombre o

fama, este tipo de mujer aparece en cada recodo, en cada esquina de la vida cotidiana.

Ella versifica o canta o enaltece sus preocupaciones íntimas, objetivas o metafísicas. Su vida es, en consecuencia, una obsesión. Su vida es una pasión continua.

Dentro de esa preocupación ideológica y anímica del desarrollo intelectual de un pueblo, el caso-poetisa ha influido para que la mujer se alce sobre sí misma, y piense y conciba y trabaje. Hoy en día es la representación ingénita de todas las mujeres, porque en ella palpitan y se reflejan las inquietudes, las aspiraciones, en una palabra, la evolución psíquica y a la vez racional de la mujer moderna.

Si la calidad poética, que es patrimonio de pocas poetisas, ha interesado hasta ayer a la literatura de los países a que ellas pertenecen, algunas veces a las historias literarias universales, el número multiplicado de las poetisas mueve a un concepto distinto y a un juicio que pretendemos insinuar y subrayar. Este fenómeno y este juicio están latentes en nuestro país. Ya no es sólo la estética y el arte que ha de preocupar excepcionalmente a ciertos grupos intelectuales. Hay una influencia más amplia, más intensa, más necesaria, que está caldeada, vivificada

por el criterio, la opinión y la necesidad ideológica de un pueblo.

La poetisa se lanzó de pronto para exteriorizar sus sentimientos íntimos de amor y de vida, para confesarnos sus preocupaciones, o para elevar su voz y cantar la gravedad de su alma o la dulzura de su sentimiento.

Si la poesía perteneciera, en estos instantes de descomposición total de valores y cosas, tan sólo a un grupo selecto para algunos, pero opaco para la muchedumbre, hoy más ávida de sensaciones que nunca, el caso único, un aspecto de poesía, sería suficiente para satisfacernos. Pero el caso es de todos. Nace con la democracia fracasada y mal empleada un estado de cosas y una esperanza de probabilidades, que vienen a ser así como una comunidad de sentimientos y de ideas.

Como una réplica intensificada, mejorada; como una respuesta grávida a muchas voces de interrogación, de ansiedad y de protesta, latente en apariencia, pero en estado continuo de fuerza y de explosión.

La mujer viene a contrarrestar la descomposición a que está abocado el mundo actual. La mujer integral, la mujer pensante, la mujer libertada. Y la mujer que canta es una mujer libertada, porque tuvo la valen-

tía de romper las ataduras de una tradición que sucumbía. Ella salió a cantar por los caminos. ¡Ella, la anunciadora de las buenas nuevas!

El caso-poetisa es, pues, una voz que gravita sobre el espíritu de nuestro pueblo.

Resumen: desde la poetisa de indudable talento y de voz definida en el concierto de las voces universales, como graduador sintomático del misterio y del miraje del hombre, hasta la humilde expresión de la poetisa de relativo valor, el caso-poetisa es, dentro del número multiplicado de sus cultoras, un problema y una afinidad.

Este caso resume una afinidad general de la mujer cuando es el resultado lógico, sentimental, psíquico de las aspiraciones y de las inquietudes de la mujer actual, moderna sin extravagancias, valiente sin obscenidades. Entonces marca el pulso de un estado pasivo de la mujer hacia un estado activo, en que se desenvuelve ahora.

El caso-poetisa es un problema social cuando sus facultades artísticas y psíquicas convergen a suscitar en el espíritu popular un acercamiento, una admiración hacia su expresión. Su palabra, su voz, su canto se dirigen entonces al pueblo, y éste con su

fuerza de muchedumbre, será siempre un ávido espectador y un comprensivo auditorio.

La poetisa es, por consiguiente, hoy en día un problema social. Como ya dijimos, ella canta, sufre, ama y palpita el grado de sensibilidad de la mujer actual, a quien una nueva y potente liberación transfigura a la vida moderna.

El caso-poetisa es, pues, un problema digno de ser estudiado con serenidad y justicia.

UNA OBRA DE MARQUINA Y SU GENIAL INTERPRETACION

I

Teresa de Jesús (Estampas Carmelitas) de Eduardo Marquina, marca en la producción del prestigioso poeta y autor dramático español una aspiración de actualizar, o mejor dicho, de humanizar la personalidad de la Santa de Avila, para ponerla en contacto con la sociedad humana, que no siempre conoce y avalora la vida de las figuras heroicas de santidad.

Eduardo Marquina coloca a Santa Teresa en un plano de mujer ecuánime y sensata, serena e inteligente, intrépida y seria, noble y santa al mismo tiempo. La acción que se deriva de su oración ha embargado el sentimiento del autor para señalarle un marco de activa circunferencia en el dinamismo de su espíritu.

Santa Teresa pasa a través de las seis estampas carmelitas guiada por la inspiración divina, a construir el alma de sus semejan-

tes en la tierra, a través "de las verdades reveladas y de las grandes mercedes y visiones". Ya en la primera estampa Marquina pone en boca del hidalgo Don Francisco de Salcedo las siguientes estrofas, auténticas dentro de la realización del tema que el poeta se ha propuesto:

"Si una monja castellana
da en santa, lo habrá de ser
con aplomo de mujer,
que no reniega de humana".

Se puede decir que toda la obra descansa en estas estrofas castizas y fervorosas, en donde la santidad es vigor y expresión de vida, en constante aliento de perfección y de acercamiento a Dios.

En esta escogida mujer de Dios, elegida por El para defender a la Iglesia amenazada en aquellos tiempos por el mundo luterano, que encuadra su acción en la reforma de Conventos, para desde allí predicar con el ejemplo a fortificar las almas, señala una resolución del Concilio de Trento que recomendaba a los prelados reformar lo que anduviese mal.

La época en que se desenvuelve la vida de Santa Teresa no le era propicia a la beatitud y a la contemplación; la mujer, como lo dice el mismo Marquina, no debía ser

una monja que sueña, sino una santa que vive.

Dentro de este marco de santidad y de ruda faena de acción y de gracia, se desenvuelve esta obra dramática, dejando entrecruzar aquí y allá las otras virtudes de Santa Teresa, virtudes celestiales del estado de goce y de dolor divino, que pasan a un plano escondido, y que sin embargo, sustentan y embargan su fervoroso dinamismo.

El goce místico, la verdad revelada, el éxtasis, las visiones, la inefabilidad del trance extático, y por fin el milagro de la transverberación, fluyen de sus propias linfas en el alma de la Santa, y nutren y vivifican en ella la acción y el continuo afán de hacerse merecedora de las mercedes de Dios en la tierra, al absorber su alma en la ejecución de buenas obras: las numerosas fundaciones de la Reforma, desde la primera fundación de San José en Avila en 1562, hasta la de Burgos en el mismo año de su muerte.

Así a grandes rasgos es trazada la figura de la Santa de Avila, aquella santa que exclamaba con frecuencia en el misterio de la inefabilidad extática y del traspasamiento, refiriéndose a los deliciosos sufrimientos: "que quiere el alma estar siempre muriendo de este mal".

II

En un comentario que escribiera no hace mucho tiempo acerca de la noble y a la vez grande artista que es Lola Membrives, dije que ella había trascendido a un plano espiritual. Subrayé además que sus silencios eran sonoros, llenos de altos y de señalamientos, porque esta artista había quemado en la pastilla dúctil y fervorosa de la palabra y de la plástica, la plenitud de un arte personal, fuerte, íntegro.

En Santa Teresa de Jesús, obra de Marquina, su interpretación se manifiesta en forma peculiar. La ductilidad de expresión de Lola Membrives, su fuerte y noble temperamento ha podido captar los diferentes estados anímicos de la figura central de las Estampas Carmelitas, para transmitirnos la santa y humana figura de Teresa de Jesús, sin descuidar la inefabilidad estática, que envuelve en un halo, y no abandona nunca el paso en la vida y los estados de alma de Santa Teresa.

Es extraordinario comprobar cómo Lola Membrives se adapta con tanta naturalidad a los mil movimientos de la heroína, que desde la firme voluntad de la acción, en la lucha tenaz que tiene que desarrollar en frente de sus enemigos, que la rodean, la celan o dudan de ella, hasta su desdoblamiento.

to místico, es comprendida por la gran artista con un fino tacto y una pulcra actitud en el gesto y en la palabra.

Más adelante, frente a Beatriz Espina, la monja que tantas veces le ha tendido sus celadas, y había sido su más acérrima enemiga, esta confianza de la Santa, imbuída de seguridad, y misericordia, que se impone con severidad, y retrocede y se humilla con inteligencia, es puesta de manifiesto por Lola Membrives con una ductilidad única, y con un conocimiento perfecto del personaje que encarna, que a veces se nos antoja pensar que Lola es la santa que vive, actúa, reza y edifica. Con el alma deslumbrada, esta artista se interna en el alma llena de éxtasis, que envuelve el miraje de la verdad revelada en Santa Teresa, y es tal el acierto de su expresión en el acercamiento y la amistad con Dios, que llegamos a la conclusión de que Lola Membrives debe haberse concretado a la interpretación de este personaje. Muchos momentos de hondo estudio han debido de preocupar a la artista para llegar al ajuste anímico, a la concentración espiritual, el manejo y la característica del goce divino y la captación revelada que definen o trascienden de la figura de Santa Teresa. Y tenemos el deber de reafirmar que Lola Membrives, artista múltiple

a través de los papeles que entraña, poseedora de una expresión y de una plasticidad estupendas, realizadas por el esfuerzo, el talento y la inteligencia; alzada por estas condiciones a un plano puro del arte, ha culminado en la interpretación de Santa Teresa, porque ha puesto de manifiesto la riqueza de su temperamento, arrancado desde la humana arcilla hasta el carácter sobrenatural y de inefabilidad del alma y de la vida de Santa Teresa.

Lola Membrives fué una visitante humilde y delicada del castillo interior de la Santa de Avila, de donde sale para describir con un lenguaje apasionado y firme, o sobrio y extrahumano, el sentimiento de misterio que la cautiva, al penetrar en el recinto sagrado de Santa Teresa.

Buceadora inteligente, intérprete perfecta, conocedora profunda de la vida y del cielo, del alma de Santa Teresa, Lola Membrives ha impuesto en la interpretación de esta obra su grande y noble talento de artista.

A MANERA DE RESPUESTA

Arturo Cancela, el fino escritor humorista y el acendrado comentador de figuras y sucesos, publica en "El Hogar", como preámbulo a sus "Semblanzas de Escritores Mundiales", un artículo, en que destaca la afluencia de las mujeres en el campo literario, como un serio peligro y una competencia para los escritores. El número de las escritoras se acrecienta cada día más, en lo que se refiere a su calidad y a su difusión.

¿Qué va a hacer la mujer sino cumplir con un designio que viene predestinándola en todos los tiempos, desde las más humildes tareas, hasta los más altos destinos, en que la han colocado la historia, el arte, la diplomacia, el heroísmo y los grandes ejemplos de santidad? Nadie tiene derecho a interponérsele en el paso, ni cortar su inclinación, ni ahogar su vocación, hoy que todas las miradas están puestas en ella; hoy que todos los caminos se le ensanchan; hoy que

todas las voluntades se le abren. Su vocación está firmemente trazada. Ella ha puesto en juego, en la pasividad de los siglos, la esperanza en Dios, y una voluntad serena y confiada de contribuir a la valorización de todas las manifestaciones de la vida.

El mundo marcha en el caos de hoy y en la esperanzada armonía del mañana, generando a su paso los más inesperados resultados.

¿Quién hubiese creído, por ejemplo, hace diez años, y tomo este espacio de tiempo para relacionar mejor el aspecto de entonces, con el movimiento creciente de ahora, en lo que se refiere a la profesión de escritora, a que viene incorporándose la mujer, con mayor o menor éxito, según su capacidad o su temperamento?

Yo dije en 1929, sin ninguna premeditación especial, de que las poetisas vendrían en un mañana cercano a reemplazar a los poetas. Y reemplazar no es suplantar. Se reemplaza un lugar que ha quedado vacío o vacante, por deserción o por alejamiento del que lo ha ocupado. Y la hora actual del mundo no es como para que el hombre se detenga a escribir versos. La vida pide vigor y voluntad, y no sentimentalismo; conciencia y criterio, y no ausencia despreocupada del instante caótico por el que pasamos.

Luego la poesía romántica o vanguardista, clásica o simbolista, no interesa en general a la masa militante de un pueblo. Y el hombre que se precie no seguirá enhebrando rimas y cincelando formas, en tanto que la vida se torna cada vez más difícil y más desequilibrada.

Fuerzas espirituales que derivan de la acción del espíritu en la vida, como consecuencia de la incorporación de virtudes activas en el manejo de la sociedad humana, y de los mismos gobiernos, reclaman el esfuerzo total del hombre para atemperar y sustentar a la vez el mundo que parece hoy derrumbarse.

Mientras el hombre no vaya a incorporarse a la vida compleja de la sociedad en que vive, para alzarla por sobre el nivel del odio y de la miseria económica y moral que nos acosan, los pueblos se devorarán los unos a los otros, los límites se convertirán en una ley de muertes y escombros fratricidas, y el hermano acometerá contra el hermano.

Un cataclismo en forma de espada de Damocles está suspendido sobre nuestras cabezas, y falta tan sólo días en el orden temporal de los siglos, para que ella siegue por siempre nuestros destinos en el Apocalipsis profetizado, o para que esa espada sea, por

gracia de Dios, tragada por la tierra que habitamos.

Tocados, así someramente, los hilos de la actual atmósfera del mundo, hemos llegado a la conclusión de que el hombre debería en lo sucesivo, afiliarse al ejército de la obra reconstructiva, apoyándola con fuerzas espirituales y combativas.

Las letras son quehaceres delicados, creados, se puede decir, para ser desempeñadas por las manos sutiles de la mujer. El ensueño y la emoción que substancia la poesía; la trama real o imaginativa de la novela o el cuento; la misma concepción del drama o de la comedia, podrán ser concebidos por el cerebro y la imaginación de la mujer escritora.

¡Cante el hombre su esperanza en el espíritu y en la acción de la vida, con acentos y con instrumentos adecuados al vigor y a la voluntad para que fué creado!

¡Deje el hombre para su ya multiplicada tarea y acción el deleite espiritual de la palabra y de la forma, del ingenio y de la imaginación!

Si me dieran en elegir entre la poesía y la acción, yo contestaría también, con una temblorosa valentía en la respuesta: "¡La poesía verdadera lleva en sí la acción virtual del bien y de la belleza, que es una acción del espíritu".

CONSIDERACIONES ACERCA DE LA POESIA VANGUARDISTA

La belleza y la verdad del arte están en todas las escuelas y en todos los procedimientos.

Para que tal o cual escuela renovadora venga a imponerse por un tiempo o desaparezca fácilmente del escenario artístico, no es habilidad ni intención premeditadas.

Si surge un nombre, si un estilo da que hablar, si un procedimiento se sigue empleando, aquella intención y esta habilidad artística, encontraron un eco en el campo del arte, provenga la aceptación de grupos homogéneos o heterogéneos en la comprensión de esa originalidad.

Todo lo que nace, se reproduce y persiste, continúa o se injerta en otra fuerza distinta —pero cuya secuela proviene de una primera,— ha tenido su arraigo y se ha proyectado en nosotros y alrededor nuestro.

Un avanzado en la vida, en general, es un tipo precoz. En toda descomposición social o artística, surgen del seno de la humanidad, que subconscientemente los gesta, tipos precoces o intuitivos. Doy el título de precocidad a toda manifestación que hace uso de una audacia serena y de una valen-

tía tenaz, para insinuar primero e imponer después, una nueva palabra, un nuevo derrotero en la marcha tumultuosa de la vida. Pero como todo ser precoz nace con la semilla a medias madura, lo que le proporciona el aspecto de un ser superior en ciernes; de un balbuceo en la acción y en el gesto. Es como un nuevo mundo por formar, en que bólidos cruzan como aerolitos o meteoros ígneos el espacio, trazando una estela luminosa sin haber abierto una luz permanente.

El hombre — tipo en el arte, resume en él a todos esos innovadores o precoces en la vida del arte, los resuelve y los soluciona hacia una expresión máxima y perfecta. Las transiciones que forjan la armonía; la gravedad y las fuerzas prematuras, bruñidas bajo el tumulto y la exaltación del índice o del esbozo hacia el ritmo y la forma; equilibrio amplio de Dios en el Hombre.

Sin embargo el vanguardismo o la nueva sensibilidad tiene también sus beneficios. Refacciona. Dentro de esa refacción del organismo envejecido del arte, la nueva sensibilidad vierte en las venas agotadas de aquel cuerpo una infusión de sangre nueva, roja en glóbulos, aunque ésta haya sido acumulada en distintos conductos y de diversas substancias.

Injertada así la nueva sensibilidad en la vieja palabra, ésta sufre, por consiguiente, de una metamorfosis racial, pero también de una honda perturbación.

Se levanta, gesticula, se contorsiona, prorrumpe en frases incoherentes, llena de fuerza primaria y de un arranque vital, único.

Y es ya un cuerpo nuevo en la nueva urdimbre que se le ha tejido; con un rostro distinto, aunque un tanto desfigurado; con articulaciones toscas, casi rígidas; de movimientos duros, desacompañados. Pero encierra vida.

Ya lo dije otra vez: la nueva sensibilidad es en el arte, a pesar y a fuerza de la tremenda y primitiva lucha de valores, dentro de la transición de una época a la otra, a través del injerto de una fuerza en la otra, un serio enjuague estético y ético, aunque en general así no se piense.

¡Ved, pues, como para asombro de muchos, la nueva sensibilidad, es decir, el extremismo, ha tomado cuerpo en vidas tranquilas, no exentas, quizás de preocupaciones y de zozobras!

Ved, pues, cómo la nueva y entrecortada forma poética ha pugnado por salir de espíritus inquietos en su quietud; precoces en su madurez, exaltados como toda fuerza nueva, en la sensatez de sus vidas.

Es bien explicable, que así como las ondas de armonía pudieron ser captadas en las ondulaciones del aire y del espacio por antenas improvisadas, así estas otras notas disolutas por una parte y renovadoras por la otra, hayan sido atraídas por el conducto peculiar de una sensibilidad normal en la vida corriente y su emotividad esté abierta a las vibraciones plurales del alma de las cosas y del ambiente.

Con ello se prueba que el vanguardismo, o la nueva sensibilidad, o al fin la libertad máxima del vocablo, de la imagen y de la forma, no son meras invenciones caprichosas, cansancios cerebrales, extravíos literarios. Todo lo contrario: es una fuerza que surge como vahos indefinidos; densos como cuerpos por formar, de espíritu a espíritu, de época en época, de vida en vida. Así y todo, esta escuela es un equilibrio del arte en la destrucción de su forma y un vivificador de la emotividad en la renovación de la misma.

LA CLARIDAD EN LA POESIA

I *¿Qué significa luz en la poesía?*

Infinidad de lectores, amateurs y poetas se han preguntado muchas veces, mirando hacia adentro, removiéndolo el estado latente de bondad y de enternecimiento, que siempre se posee, qué papel ejerce la claridad en la poesía.

Algunos poetas, entre ellos Francis James, le han señalado un rumbo definitivo en el orden ético de la literatura, y un viso correcto, decoroso, en el orden moral del público que lee versos.

Luego cabe también señalarla como factor estético, para regenerar la poesía, hoy más que nunca decadente, incierta, vacilante, en lo que a introspección, forma, gesto se refiere.

La claridad en la poesía es, una necesidad, en los tiempos que corren, para equilibrarla en fuerza, expresión, imagen.

Vendría a ser como una salvación, como una vuelta al estado normal en que la nue-

va sensibilidad la ha convertido: negándola para reconstruirla, hollándola para vivificarla. El futurismo y sus escuelas tiene todas las buenas intenciones que cree poseer, solamente el mal no reside en la poesía, sino más bien en sus cultores.

II. *El poder de la poesía en general*

¿Qué poder podría dársele a la poesía dentro de la literatura?

¿El primero, el segundo, el cuarto? Hay que notar que la novela, el cuento, el teatro, la crítica (biografía, etc.), viven a expensas de la poesía. Lo que no se puede expresar en el lenguaje rítmico, en esta música persistente y pertinaz de los sentimientos y de su cerebración, puestos a cocimiento, a fuego lento, en el "bain-marie" de las sensaciones cordiales o afectivas, sobrenaturales o épicas, deja de importunar al poeta, y pasa a otro campo. El más directo, la prosa.

La poesía da todo un continente a la prosa, y se reserva para sí una isla, sólo una isla. Sábese que las islas están siempre rodeadas de agua.

La poesía ejerce desde este aislamiento sereno y firme, una voluntad, un dominio misterioso a todas pruebas. Es suave o altiva, persistente o clara, fuerte o sombría. Es

todopoderosa; convence y envuelve. La poesía, pues, no morirá nunca.

III. *La claridad en los versos de Margarita Abella Caprile*

Volviendo a lo que de claridad puede enriquecerse la poesía, me es verdaderamente grato referirme a la labor de la Srta. Abella Caprile.

Acaba de publicar la Srta. Abella Caprile su libro de versos "Sombras en el mar".

Señalé al principio de esta página, lo que implica la claridad en la expresión poética. Como factor ético, como factor moral, como factor artístico, factor que concibe claramente lo que se desea expresar, lo que se quiere cantar en la vida.

Y es, sobre todo, un anhelo imperioso de romper con las húmedas y laxas ataduras del instinto, deber casi contraído en esta hora de descomposiciones sociales y morales en que vivimos.

La Srta. Abella Caprile ha estampado en los brochazos de nieve, ya en las pinceladas de niebla, hoy en sus fugitivas sombras, todo el tumulto de pureza en sensaciones, que despiertan en ella los elementos de la naturaleza, y sobre todo los estados de su alma, frente a la vida, y a su angustia, tamizándolas a través de su serena conciencia.

Y si alguien quiso alguna vez tildar de infantil y de ingenuo esta tendencia de clarificar los sentimientos y las cosas, de hablar con un lenguaje sencillo, afable, casi santo, aquél nunca supo entender esta doble sensibilidad de macerarse en la subconciencia de su intuición, para cavar en los subterráneos de la miseria y de las pasiones del hombre, y sondear en las tinieblas, en que nos sumerge las otras esferas de la vida, invisible pero penetrantes, como el misterio de Dios y de la naturaleza.

El que supo penetrar en la profunda noche para hacer florecer aunque sea una brizna de luz, éste habrá realizado con dolor el arte. Porque toda creación es angustia.

Duda y desfallecimientos son los primeros pasos del niño; infinitas ansias mordientes y vivas es la pubertad, que aspira a ser fecundizada ampliamente por la vida. Y luego la edad madura, en que el hombre pretende ceñirse la corona del poder y del amor. Y luego como una mueca el desengaño, el fracaso de una parte de la vida; y el esfuerzo inaudito para salvar esta otra parte que aún queda. Y al fin el balance y la muerte

Y entonces ¿por qué no cavar en la tiniebla para arrancarle un rayo de luz; por qué no internarnos en la entraña del dolor para destilar aunque fuera una gota de miel; por

qué no hemos de convulsionarnos íntegramente para lanzar el grito de salvación, y vivir para este grito, y vibrar con su eterna tremolación?

Todo ésto me he preguntado al oír aquí y allá las voces de la poesía, que parece no tuviera ya nada que decirnos. A veces incoherente, porque anula para renovarse; y esta es la nueva sensibilidad.

Otros versos ofrecen el espectáculo de un paisaje en que se le distribuye todos los matices, porque al color se le tuvo a mano. Pero falta lo principal que es la angustia de la vida. El escritor que vierte una vida en sus libros: convulsionada, o mordiente, o decadente, o fatal. Para contrarrestarla surgen los otros, los que truecan el dolor y la angustia en claridad, en luz, para equilibrar la balanza de los caídos con el peso de los videntes. Y la luz viene a ser como una doble vista.

Yo la concibo a Margarita Abella Caprile toda trémula, trasplantada a los 15 años, reverente, con una húmeda expresión en los ojos, acercarse al cuaderno de sus versos en la hora de la inspiración. Cómo un rito, cómo una comunión con sus estados de alma; su tersura vuélcase en claridad y su angustia aspira a la luz.

Ahora desde el segundo acto de su vida, así como ella misma lo confiesa, aunque hu-

manice su expresión, y modernice su actitud, verá siempre las cosas y los seres desde el punto de vista claro y bueno. Fortificada su emoción, vigorizada su experiencia, podría dar el lugar a una escuela entre nosotros, y tender cada vez más, hacia el puerto majestuoso, en que reina la luz para siempre.

RESPUESTA A RAMON DOLL

En *La Literatura Argentina*, el distinguido crítico Dr. Ramón Doll, publica unas declaraciones, por las que afirma que el pensamiento argentino es una historia de deserciones.

El Dr. Doll no concreta sus apreciaciones sobre autores que cita al pasar, y su comentario carece por consiguiente de crítica directa o afirmativa.

Los nombres de Sarmiento, Gutiérrez, Güiraldes, Del Campo, nombrados así al azar, no son estudiados, ni someramente revisados a conciencia, por lo que resuelvo decir concepto generales antes de entrar a rebatir sus conclusiones.

El problema de la inteligencia de los pueblos como expresión geográfica y racial, que aspiran a una creación clásica, no se ha de resolver por la inhibición de las influencias externas en un encastillamiento local. El autoanálisis y la síntesis expresivos de sus propios valores se afinan por la com-

pulsa de los más espontáneos y a veces extraños medios y culturas. Porque la obra clásica de nuestro país será, es cierto, su expansión étnica, racial y geográfica, pero su conocimiento se robustece por el conocimiento y la comprensión de otras culturas en el tiempo y en el espacio. Y es primordial la formación de raza en tierra propicia; costumbre, idioma, clima, alma, amor, para que recién aparezca la creación perfecta de su inteligencia, sazónada y dirigida, si se quiere agregar, en forma subconsciente, por la madurez y la síntesis de otros pueblos. Así el arte, la ciencia, la industria, la política misma llegarán a ser una definida y definitiva expresión de su vida.

Así se formaron la India, la Persia, el Egipto, la Grecia, Roma, París, Nueva York, y porqué no decirlo, así vemos ascender a Buenos Aires, como un sol por entre las ondas del Mar Dulce.

Porque hubo menester de muchas deserciones y de otras cosas peores en los países citados, que no podrá estudiarse así fragmentariamente. Vale esto para la Argentina, como en la historia de las almas, que es de muchas etapas, como avatares, en la sucesiva graduación de sus planos y de sus valores.

Por consiguiente, las ciencias y las artes.

la cultura y el trabajo, se desenvuelven en unión y en pugna con otros valores sujetos en el tiempo y en el espacio a la influencia del ritmo universal, por entre el maras como coadyudador y opositor a toda creación.

Así, pues, el problema de la cultura argentina es nada más que un resultado, que su realidad presentara a nuestros antecesores, y para ser justos en el balance, es necesario juzgar estos hechos de la inteligencia argentina, en sí misma, y sin olvidar los antecedentes de su historia.

No es posible compararla con los E. U. de Norte América, porque el "caso" colonizador es distinto, como es diverso el "caso" España y el "caso" Inglaterra, autores de la conquista y de la fundación de estas nacionalidades.

Porque Inglaterra se daba por la vía de la expansión de su cultura y de su civilización. El apogeo de estas fuerzas, de su edad de oro, trasladaba a un país virgen su "at home" y su cultura.

Mientras que España venía por la vía de su aventura del oro, en medio de la crisis de su civilización. La curva de su apogeo y de su grandeza descendía. El autóctono así aniquilado por el invasor, y éste a su vez destruído por la masa inculta del país, el

sudamericano debía hacerlo todo: libertad, ley, población, familia, trabajo y cultura.

El resumen de cien años de la cultura argentina constituyen: la Independencia, la Tiranía, la Constitución y la Reorganización Nacional. A esta altura nos encuentra el destino.

Creo que en medio de tanto conflicto, nuestro país tuvo la gran tarea de enderezar la torcedura de sus orígenes, y es grande esta tarea realizada por la inteligencia argentina.

Tengo fe en las determinantes geográficas e ideológicas de la tierra argentina, y disiento en absoluto con el Dr. Doll, que el hijo del inmigrante no se siente pertenecer al país de su nacimiento o de sus luchas, capaces de asimilarlo en su crisol, hacia un tipo racial y netamente argentino.

Luego no ha de pedirse tanto, que la inteligencia sea la expresión netamente local de la ciencia y del arte de un país.

Dante, Hugo, Goethe, Withmann mismo, y otras expresiones máximas del pensamiento humano, no desertaron de la inteligencia de sus países, para acercarse y tener asiento en todas las partes del mundo.

Dejo con estos párrafos, definidos mis conceptos generales sobre el aspecto de nuestra inteligencia, e insto al Dr. Ramón Doll.

crítico inteligente y sin duda movido por muy nobles propósitos, a concretar en qué consiste la deserción del pensamiento y de la literatura argentinos.

INDICE

Al Lector	5
I La Mística como estado Permanente del Alma	7
II Alma y Raíz de un Libro	16
III Alberto Mendioroz, Poeta	29
IV La Cena del Rey Baltazar	45
V El Poeta junto al mar	66
VI Los Monasterios, Alcázares de las Ciencias y de las Artes	79
VII Momento actual de nuestra Poesía Femenina	96
VIII Tópicos Literarios	113
Corriente espiritual en la Poesía Argentina	115
En busca de un Tipo Literario	122
Aspectos de Poesía	129
"Ciudades Italianas" de Juan P. Ramos	136
"Sir Thomas More, Humanista y Mártir", de Lucrecia S. Q. de Sáenz	142
El Caso - Poetisa	150
Una obra de Marquina y su genial Interpretación	156
A Manera de Respuesta	162
Consideraciones acerca de la Poesía Vanguardista	166
La Claridad en la Poesía	170
Respuesta a Ramón Doll	176

Acabóse de imprimir en
los talleres gráficos San
Pablo, en Buenos Aires, el
24 de diciembre de 1936.

